

RAQUEL BANDA FARFAN

UN PEDAZO DE VIDA

Cuentos



EDITORIAL COMAVAL, S. A.

NAUCALPAN, MEXICO

1959

Raquel Banda Farfán

UN PEDAZO DE VIDA

M863.4 B214p (P)
pedazo de vida : Cuentos / Raq



6448

M863.4
B214p
(P)
Ej. 1 (6448)
Bib. No. 1

Impreso en los Talleres Gráficos de la EDITORIAL COMAVAL, S. A.,
Calle 4 No. 22, Naucalpan de Juárez, Méx.

UN PEDAZO DE VIDA

OBRAS DE LA AUTORA

ESCENAS DE LA VIDA RURAL. Cuentos.

VALLE VERDE. Novela.

LA CITA. Cuentos.

CUESTA ABAJO. Novela.

UN PEDAZO DE VIDA. Cuentos.

RAQUEL BANDA FARFAN

UN PEDAZO DE VIDA

cuentos

Nota preliminar de

JULIO TORRI

Miembro de la

Academia Mexicana Correspondiente de la Española

Editorial Comaval, S. A.

Naucalpan, México

1959

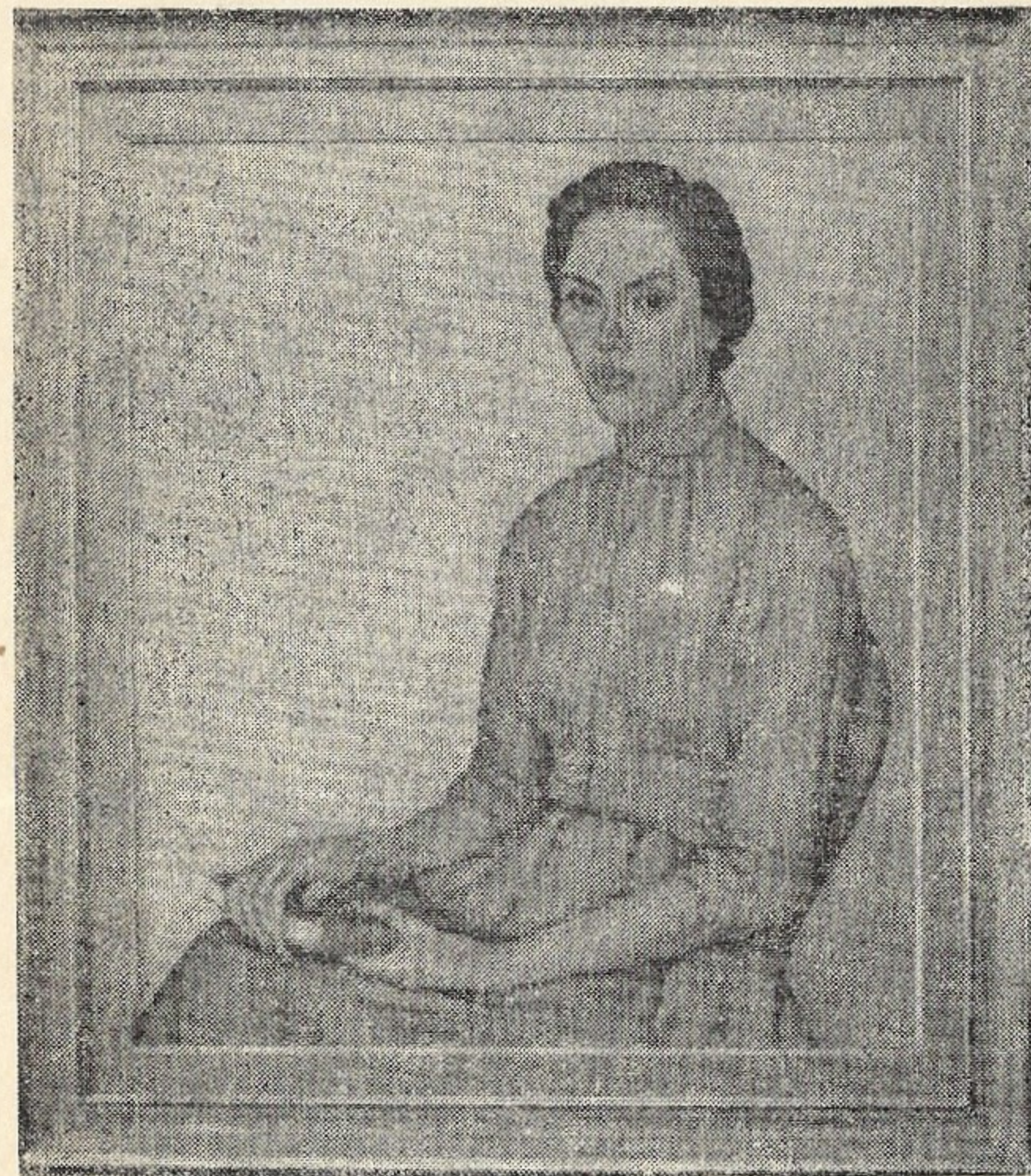
SA 530 C

M863.4
B214P
(P)



CENTRO
DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
DE
SAN LUIS POTOSÍ
A.C.

Propiedad reservada
conforme a la ley.



RAQUEL BANDA FARFAN
Oleo de Angela M. Saavedra

CONTENIDO

Nota preliminar	3
Por un piropo	5
El chapín	13
Palomilla	21
La llanura	27
El pantalón	35
Marcial	43
A los cuarenta y cinco	51
Un asesino	59
La madrina	69
Polvos de amor	75
Un admirador	85
Don Rosendo	95
La casa de las Carmonas	103
Las nortañas	111
Un pedazo de vida	119

NOTA PRELIMINAR

Los cuentos y novelas de Raquel Banda Farfán sorprenden agradablemente por la variedad de sus asuntos; por la pintura fiel que hace de la vida rústica mexicana; por la ágil y rápida manera de narrar y por muchas otras cualidades que irá descubriendo el lector atento. Algunos buenos críticos —como Rafael Solana, Manuel Lerín y otros— la han ensalzado, no más de lo justo, invocando nada menos que los nombres de Guy de Maupassant y Chéjov, con quienes indudablemente tiene afinidades bien perceptibles.

Como maestra rural que ha sido largo tiempo en los pueblos y rancherías de su Estado natal —San Luis Potosí— adquirió un conocimiento cabal y profundo de nuestros campesinos, de sus preocupaciones, problemas, miserias y en fin, de la vida que llevan. Sus descripciones son muy breves, pero siempre con toques vigorosos, con lo cual el relato gana en ligereza y amenidad.

Asombra como ha sabido aprovechar el caudal de su experiencia en aldeas y pequeños lugares. En efecto, para fines de propaganda de tales o cuales ideas políticas, nada se ha falseado tanto como nuestros campesinos y las cosas a ellos pertinentes. Así que el ánimo se complace largamente en esta pintura fiel de nuestro vivir rústico, pintura sin inexactitudes ni propósitos interesados.

La producción hasta hoy de Raquel Banda

Farfán comprende tres libros de cuentos (incluyendo el presente), y dos novelas, una de las cuales que ya he leído, **Valle Verde**, me parece digna de encomio.

En cada uno de sus cuentos y novelas hay un suceso real, apenas tocado para revestirlo de calidad literaria, para proporcionarle un remate adecuado, un desenlace que dé unidad a la narración. De aquí procede sin duda la nota de vivo realismo que logra la escritora potosina, en todos sus relatos.

De los que integran el presente volumen, **El Chapín** y el notable **Don Rosendo**, recuerdan el arte sentimental y delicado de Edmundo d'Amicis. Conmovedoras tragedias infantiles inspiran otros, como **El Pantalón** y **La Madrina. Palomilla** —o sea "gang" entre nosotros— presenta en toda su cobardía a los "rebeldes sin causa", es decir a la juventud que pervierten las películas de bandidos y las historietas de criminales. **Marcial** y **Polvos de Amor** son irónicos y de gracejo fino.

A la escritora —que es joven y afanosa de perfeccionarse— se le puede, sin ser zahorí, augurar un envidiable porvenir en el campo de las letras patrias.

México, D. F., noviembre 30 de 1958

Julio TORRI

POR UN PIROPO

Dionisia llegó a los veintitrés años sin haber hallado pretendientes, hasta que una tarde Herculano Domínguez la alcanzó por el camino del río y aquellos ojos verdosos de mirar felino, se fijaron en ella codiciosamente.

Herculano era hombre casado, sostenía con desahogo a una prole numerosa y se decía de él que fue un Don Juan en sus tiempos. Alto, bien hecho, afortunado, se convirtió en una obsesión para Dionisia, la pobre muchacha que nunca había probado la caricia de unos ojos masculinos, que nada sabía de las palabras tiernas de una carta deslizada entre las piedras de la cerca. Dionisia era fea, demasiado fea, y los hombres la veían con la indiferencia con que puede verse a una vaca; porque aquella criatura ancha y desgarbada tenía algo de vacuno.

Una noche, Herculano saltó la cerca de la casa donde habitaban Dionisia y su madre. La yerba crecida soltaba un aroma excitante y por entre los cuerpos retorcidos de los nopales jugaban los rayos de luna. Envuelto en el sarape, Herculano esperó a que Dionisia asomara por el patio.

Una piedrita tirada suavemente a los pies de la joven, una seña discreta y dos palabras cálidas, acariciadoras como aquella noche de luna.

—Cuando se haiga dormido mi ma —prometió ella.



Herculano esperó hora tras hora, acurrucado en lo más tupido de la nopalera, hasta que la muchacha llegó a él, trémula como una paloma asustada que fuera a la trampa por sus propios pasos.

La gente lo supo bien pronto, esa gente sagaz y maliciosa que lo sabe todo...

Pero Dionisia no tenía vergüenza y por el contrario sentíase en el fondo un tanto orgullosa. ¡Al fin un hombre la amaba!

Sin darse cuenta se iba encariñando con él y cuando por las tardes hacía sus viajes al río, calculaba la hora en que él regresaba del campo. Sufría entonces todas las dulces angustias de la mujer que ama, de la mujer callada y tímida que no se atreve a expresar sus ansiedades, que no habla jamás de lo que pasa dentro, en el corazón abrasado.

Herculano pasaba junto a ella, frío y sereno, montando con descuido al hermoso alazán. Ni el caballo, ni el hombre, ni tan siquiera el perro que trotaba en pos de ellos la miraban al pasar. Tras-tornada, encendida, palpitante de emoción y de vergüenza, Dionisia seguía hasta el río, dejando en la tierra del camino las huellas de sus pies descalzos.

A veces él no llegaba a la huerta por toda una semana y la muchacha entristecida, temiendo perderlo, aguardaba noche tras noche entre los nopales, hasta que el rancho quedaba muy quieto y en el cielo cambiaban de sitio las estrellas.

Algún íntimo amigo trató de aquello con Herculano.

—¿Qué le gustó de la Dionisia? Pa'mí que es amarga como la yerba de perro.

—Me gustó que nunca antes hombre alguno la tentó ni con los ojos.

El chiste era celebrado con grandes risotadas, hasta que Herculano volvía a hablar:

—Es fea la endina, fea como un zopilote, por eso de día ni siquiera la miro. De noche es otra cosa... de noche todos los gatos son pardos.

Y como en el rancho las cosas se saben pronto, pronto cual si el viento esparciera los más íntimos secretos, Dionisia sabía lo que Herculano hablaba de ella. Aquellas crueldades heríanla en lo más profundo del sentimiento y la hacían llorar amargamente, y sin embargo, seguía esperando al hombre noche a noche y se entregaba a él con la mansedumbre de una esposa.

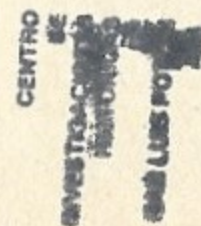
Había pasado casi un año de aquellas relaciones, cuando Herculano Domínguez quedó viudo. La noche del velorio, Dionisia pasó buen rato en la nopalera llorando a lágrima viva sin saber por qué. Acaso temía que al verse libre su hombre buscara otra querida, o acaso lloraba de remordimientos. Los cantos fúnebres iban y venían llevados por el viento.

Diez días más tarde, Herculano se presentó nuevamente en casa de Dionisia, con una cintita negra en la manga de la chaqueta.

Largo tiempo permaneció callado, fumando de vez en cuando un cigarro que liaba con cuidado. Dionisia lo contemplaba embobada presintiendo grandes acontecimientos tras de aquel silencio.

—¿Ta... muy apesarao? —se atrevió a preguntar en un susurro.

Herculano se volvió a mirarla, tiró lejos el cigarro que se apagaba a cada instante y luego



tomó aquella cara prietita y tosca entre sus dos manazas.

La contempló un buen rato, mientras Dionisia parpadeaba nerviosa y tragaba saliva.

—¡Qué fea eres, condenada!

Dos lagrimones silenciosos corrieron por las mejillas de Dionisia, y como Herculano pudo ver a la luz de la luna el brillo de aquel llanto, rió divertido.

—Eres fea como un zopilote.

—¿Por qué me quijo antonces?

—Porque yo soy hombre y tú eres mujer al fin y al cabo.

Herculano se marchó dejando el acíbar de sus últimas palabras, y Dionisia en la huerta, se tiró a llorar sobre la yerba. Largo rato permaneció allá echada como un animal enfermo, sintiendo una especie de aborrecimiento hacia sí misma, un deseo ingrato de volverse a la nada. Cortó un manojo de jigüite y se limpió las lágrimas, y como otras nuevas fluían, arrancó enloquecida más y más y se talló la cara hasta sentir ardores.

Otro día fue al río temprano, mucho antes de la hora en que Herculano solía volver del monte. Sentóse en la orilla de la corriente y miró su cara en el espejo que las aguas le ofrecían. Un cielo azul le quedaba por fondo y el verdor de los jarales matizaba su cara de indígena pura. "Eres fea como un zopilote"...

Dionisia dejó el cántaro sobre la arena y viéndose sola empezó a desvestirse. Soltó luego su larga cabellera que cayó suavemente hasta abajo de la cintura, y se metió en el agua, cubrién-

dose los senos y el resto del cuerpo con sus propias enaguas.

Se bañaba lentamente, hallando un placer y un alivio en las tibias aguas cristalinas. Una voz masculina la llamó dulcemente, y Dionisia, alarmada, se volvió a mirar al atrevido que osara llegar hasta ella.

—No se asuste, Dionisia, nomás quiero hablarle.

Un joven pastor, haraposo y sucio, le sonreía con ternura.

—Hace mucho que la vengo tantiando, pero no podía jallarla a solas.

Dionisia muda, azorada, no acertaba a decir nada.

—Yo soy de la Ranchería —dijo él señalando un rumbo con el machete—, pero hace muncho que la conozco. Es usté la mujer más bonita de aquí y de mi rancho y de muchas otras partes. Ende que la vide por primera vez no se me aparta del pensamiento.

—Váyase... —murmuró ella.

—No, hasta que nos háiganos arreglao. Yo la quero a la güena, pa casarnos. Cuando la conocí pensé: "Esos ojitos de capulín han de ser míos, onque me cueste la vida", y tavía sigo pensando eso mismo...

Cuando Dionisia volvía a su casa, el pelo suelto y el cántaro al hombro, muchas dulces palabras seguían sonando en sus oídos, acariciándole el corazón. Herculano Domínguez y su alazán y su perro, le dieron alcance y la dejaron atrás.

Esa noche, quizá con más ansiedad que nunca, aguardó en la nopalera y cuando vio a Herculano saltando la cerca, el corazón le dio un vuelco salvaje.

—Cuando pase el luto, pue que me case contigo —dijo él—; ya toy viejo pa buscar mujer de mi gusto.

—¿Usté se casaría conmigo? ¿verdá güena?

—En la casa hace falta una mujer, semos muchos y no hay quén nos pegue un remiendo... verdá güena que me casaría contigo.

Dionisia sonreía de un modo extraño cuando se despidieron esa noche. Herculano había hecho un cariño en la barbilla y luego saltó la cerca y se perdió en la oscuridad.

Fue la última entrevista. Dionisia se perdió del rancho desde el día siguiente, y cuando volvió, era ya la mujer de un pastor desharrapado y sucio, del único hombre que había tenido para ella una palabra dulce, la caricia galante de un piropo.

EL CHAPIN

Llegó suavemente, muy quedo, y se posó a mi lado, como una mariposa herida. Sus ojazos me miraron un instante y fueron luego de acá para allá, tras la turba alegre que bullía en el patio.

—¿Por qué no juegas tú?

El pequeño me miró tímidamente e inclinó la cabeza como avergonzado, dejando mi pregunta sin respuesta.

—¿Cómo te llamas?

—Ricardo —repuso en voz baja.

El sol ardiente brillaba en un cielo sin nubes y las chicharras cantaban en el herbazal. Ricardo y yo permanecimos bajo la sombra de la higuera hasta que acabó el recreo. Entonces lo ví caminar y comprendí su quietud. Como era el primer día de clases no conocía aún a mis alumnos y fue hasta ese momento que me fijé bien en Ricardo. Caminaba de prisa, pero grotescamente porque tenía ambos pies torcidos, enrollados como hojas secas. Pisaba con el empeine y usaba huaraches especiales.

Era aquel niño el primer pequeño que yo veía con tal defecto y la pena que sentí fue muy grande. Colmé de mimos a Ricardo, me esmeré para que fuera el mejor, para que aprendiera antes que nadie y en el recreo y en nuestros días de campo, le contaba cuentos que inventaba para él.



Cuando leyó su primera lección, Ricardo me miró triunfante con una sonrisa que dejaba al descubierto su dentadura incompleta. De pronto se me echó en los brazos y lo sentí junto a mi corazón, palpitante, tibio como un gorrión.

Por el mes de junio, un día fuimos todos a los llanos. Ibamos con el fin de juntar mayitos, porque en esos días la lluvia había hecho brotar las flores por centenares. Se respiraba un aire fresco, un aire cargado con los olores de la tierra húmeda.

Los muchachos se desparramaron regocijados apenas traspusimos la puerta del potrero y corrían de flor en flor, llenando el monte con sus risas y sus gritos.

Ricardo cojeaba sin poder alejarse mucho y veía entristecido cómo los otros le ganaban las flores más bellas.

Al fin de la jornada, los niños me entregaron sus ramos.

—¡Yo junté más!

—¡Las mías son más bonitas!

Y luego se alejaron para seguir corriendo rumbo a la rancharía.

Atrás, Ricardo y yo, cansados y friolentos.

—Yo junté muy poquitas —susurró.

Entonces noté que él no me había dado sus flores. ¡Era tan pobre aquel ramito!

—¡Qué lindas son! —exclamé aparentando un entusiasmo exagerado.

Ricardo tenía los ojos llenos de lágrimas y repitió:

—Son muy poquitas.

—¿Y qué importa eso?

—¡Cuando sea grande y ya no esté chapín juntaré más que todos!

Sin hallar qué decir, sin querer mirarlo, continué caminando al compás de su paso.

Dice mi mamá que me voy a aliviar, que ella prometió una manda pa que mis pies se compongan.

Cada vez más triste, yo seguía callada.

—¿Verdá que la Virgen cura todo? ¿Verdá que me va a aliviar?

—Sí, Ricardo...

—¿Cuándo va a curarme?

—Tal vez cuando seas grande.

Ricardo encontró un renacuajo y olvidando su pena y también su esperanza absurda, se adelantó jubiloso, con el animalejo en la palma de la mano.

—¡Hallé un sapito! ¡Hallé un sapito!

*

Un día me alejé de aquel caserío risueño y no supe más de mis llanos floridos, ni de los pequeños que enseñé a leer con tanto afán. De vez en cuando, me hacía suspirar el recuerdo de cosas queridas que allá dejé y asaltaba mis sueños la imagen del niño triste que después con el tiempo, también se borró.

Han pasado diez años y mi vida es bien distinta. Escribo, leo, me afano mucho y me siento sola sin embargo, como si hubiera un vacío en mi existencia.

Aburrida, caminaba esta mañana recorriendo los puestos y las tiendas de curiosidades. San Juan

de los Lagos es un sitio de eterna feria y la gente, acostumbrada a los turistas, fastidia al visitante y le asedia con sus vendimias.

Yo quería hallar tema para un cuento, pero vine en mal tiempo, porque no hay peregrinos que despierten interés especial. Cansada de ver cosas, muerta de tedio, me disponía a dejar el pueblo en el primer camión. Por la estrecha pasada bajo los portales, una familia de campesinos me cerró el camino y de pronto reparé en que todos ellos me miraban con curiosidad.

—¡Señorita! ¡Adiós, señorita!

Hice un esfuerzo de memoria y pronto reconocí en el muchacho fortachón que me hablaba, al tímido Ricardo. La misma cara, las mismas dulces facciones todavía con algunos rasgos infantiles.

—¿Eres Ricardo? ¿No es eso? Ricardo...

—Sí señorita.

Me miraba con fijeza, sonriente y yo apenas si reparaba en el resto de la familia.

Luego hablamos mucho, comí con ellos en una fonda y dimos unas vueltas por las calles antes de ir al Santuario.

Yo lo veía y no podía creerlo; Ricardo caminaba normalmente y llevaba zapatos; la curiosidad me traía con ellos, pero nada habíamos hablado del antiguo defecto del muchacho.

Cuando llegamos a la Iglesia, Ricardo dijo con naturalidad:

—¿Se ha fijado en mis pies? La Virgen me hizo el milagro.

Hasta ese momento pude convencerme en absoluto de que no soñaba, de que no había error po-

sible, y mientras me arrodillaba junto a él, recordé vividamente el día de campo y las flores de mayo que temblaban en sus manecitas.

Era una extraña coincidencia, cuántas cosas había que pensar; pero mientras avanzábamos de rodillas por la inmensa nave, yo me decía: "¡Ya no está chapín!, ¡ya puede correr como los otros!"

PALOMILLA

Cuando llegaban a juntarse los tres, la gente dejaba las aceras para darles paso y el barrio entero temblaba. Eran el orgullo de la palomilla, el terror de los muchachos de otros bandos. El Ronco, La Colilla y El Tlacuache. Uno, poseía la fuerza bruta, una fuerza increíblemente colosal, y, cual un pequeño Sansón, se le había visto repetidas veces derribar en un instante al mejor y más corpulento pendenciero que se le pusiera por enfrente. Ese, El Tlacuache, era afortunadamente de condición pacífica, como si apenas se diese cuenta del don que poseía. La Colilla era valiente, valiente y arrojado como pocos y nunca medía el peligro de enfrentarse a cualquier situación, por difícil que ésta se presentase. En cuanto al otro, era el más temible, el astuto, el buscabullas, el que revolvía el barrio con sus pendencias. Tramposo, traicionero y muchas veces desleal con sus propios amigos. Ese era El Ronco.

Una tarde tibia y calmada, los tres mozalbetes caminaban sin rumbo, conscientes de su poder, sintiéndose los amos del mundo. Iban allí reunidos, en una juventud floreciente y audaz, la fuerza, el valor y la astucia. El Ronco, bravenor y hablador, mirando a todos lados, con ganas de encontrar pendencia. Pero las calles estaban solas. La gente descansaba perezosamente en las terrazas o se



aburría en las oficinas, adormecida por la tibieza de aquel atardecer primaveral.

Por la esquina volteaba una fila de ordenados "boy scouts" con uniforme y la consabida impedimenta. Marchaban en silencio, al mando de un joven de rasgos enérgicos.

—¡A esos tales yo me los echo! —exclamó El Ronco.

—¿Estás loco? Por lo menos son treinta.

—¿Y qué? A mí me hace falta la acción.

Y diciendo y haciendo, aquel fanfarrón incorregible llegó hasta el primero de la fila y le estampó una bofetada, siguiendo luego con los otros hasta llegar al último. Tan rápido había sido, que los muchachos, desconcertados, no sabían qué hacer y aunque sus caras enrojecían de ira, no osaban deshacer la formación.

El Ronco permanecía impávido, retando con la mirada burlona a los boy scouts, y de pronto, la reacción vino violenta y hubo un movimiento amenazador cuando alguien gritó que había que darle su merecido; pero el que los mandaba dio orden de seguir adelante y ellos, obedeciendo a su estricta disciplina, continuaron la marcha, apenas interrumpida por el incidente.

Los tres amigos continuaron su camino también, comentando la ocurrencia descabellada del Ronco y más engreídos que nunca, pensando que no había más machos que ellos.

De súbito, por la puerta de una carnicería salió un hombre corriendo seguido por un carnicero que blandía un cuchillo. El primero se agachó a recoger una piedra, perdía segundos preciosos, le daba alcance su enemigo.

Los muchachos echaron a correr para presentar el pleito y llegaron en el momento preciso para ver cómo el de la piedra se resbalaba, quedando en el suelo a merced del otro. Había en los ojos del infeliz un espanto infinito y una súplica en la que se reconcentraba todo su ser. El carnicero se echó sobre él y le hundió el cuchillo en el estómago y luego en el pecho, una y otra vez, bufando de ira. Después se enderezó mirando a su alrededor con los ojos enrojecidos y los labios trémulos. A sus pies yacía el cuerpo tibio y sangrante al que acababa de arrancar el alma.

Cuando el criminal huyó y quedaron solos con el muerto, los muchachos se miraron a las caras. Los tres estaban verdes, imposibilitados por la brutal impresión, para hablar y moverse. Frente a ellos, por primera vez, veían un cadáver, el despojo de un hombre que momentos antes hablaba y caminaba y pensaba.

Un carnicero escuálido salió calmadamente y se quedó mirando al muerto. Luego dijo dirigiéndose a los muchachos:

—¿Alguno fue testigo de esto? ¿Quién vio al asesino?

Volviendo a la realidad, los tres muchachos hablaron.

—¡Yo lo ví! —gritó El Ronco.

—¡Yo también! —exclamó El Tlacuache.

—¡Sí señor! ¡Los tres lo vimos! ¡Somos testigos!

El carnicero les mostró un afilado cuchillo como el que aún estaba clavado en el pecho del difunto, y apuntándoles al estómago, dijo con voz ronca y siniestra:

—¡Repitan eso, desgraciados! ¿Quién lo vio?
Entonces los muchachos declararon uno a uno:

—Yo no.

—Tampoco yo.

—No sabemos nada.

Y muy despacio se fueron alejando, para luego
echar a correr desaforadamente.

LA LLANURA

—¡Qué inmensidad, señor, qué llanura sin fin! Cuatro leguas serán hasta el aguaje y aún nos faltarán dos más.

El sol quemaba sin piedad y no había un árbol a la vista, sólo el pastizal extendiéndose hasta el horizonte como un mar de verdor. La mujer desfallecía y a ratos parecía que iba a caer desvanecida, cuando las piernas le temblaban y toda ella vacilaba con su carga.

Inclinaba el rostro angustiado sobre la carita tan terriblemente demacrada y pálida de su hija.

—¡Háblame, niña mía! Una sola palabra que me digas y estaremos salvadas.

Pero la niña no movía un solo músculo, no abría los ojos y su respiración, afanosa antes, apenas si se percibía aún. Llevaba mucho tiempo, la madre no recordaba cuántos días, sin conocimiento, privada por la fiebre.

—¡Necesita un doctor! —clamaba la mujer.

—Para que se cumpla la voluntad del Señor, da lo mismo con yerbas que con medicinas —replicaba el marido.

Y la mujer veía con espanto cómo la enfermedad iba acabando con su hija del alma. "Oh, ignorante, ¿por qué no trae al doctor? ¿Por qué no lo trae? Quizá una inyección, sólo una, me la volvería a la vida." Así pensaba ella recordando que



un médico salvó milagrosamente la vida de su padre unos años atrás, y ahora, su única esperanza era esa, que Claudio accediese a traerlo.

Pero él no quería, por indolencia o por lo que fuese. Y entonces ella, Micaela, tomó a su niña esa mañana en cuanto el hombre salió al campo y arrebatada por la desesperación se dispuso a hacer el difícil viaje sola y a pie. Sabía que tendría que arrostrar la ira del esposo, y si la niña llegaba a morir en el camino todo sería peor, pero entonces a ella ya no le importaría lo que su marido hiciese.

Iba apenas más allá de la mitad, caminando por una vereda borrosa que a veces se desvanecía invadida por el pasto.

Juntábase a su pena y desolación el sufrimiento físico, porque el sol abrasaba haciendo que el sudor le corriera por la cara goteando sobre el envoltorio de su hija. Si se echase un momento sobre el pasto tan lozano... Pero no, era imposible hacerlo, de su fuerza, de lo que ella aguantara, dependía la vida de la enferma. ¿Cómo perder un instante?

Con el rostro encendido, jadeante, avanzaba paso a paso. A ratos también parecía que iba a perder la razón, exasperada por la llanura infinita que a lo lejos se fundía con el cielo.

Llegando al aguaje se detendría a beber, un momentito solamente, llegando al aguaje. Ya podía distinguir las piedras blancas de una construcción que tal vez algún pastor intentó levantar en las cercanías del abrevadero. Era una bardita de un metro quizá de altura, en forma de ángulo y allí junto crecía un arbolillo como de huizache. A

veces era un consuelo aquella manchita blanca en medio de tanto verde, y a veces, acrecía la sensación de soledad.

Micaela no llegó al aguaje; a poca distancia de las piedras sintió que no tenía más fuerzas y que las piernas se le doblaban como si fueran de hilo y de pronto se halló sentada, más pequeña y más insignificante, llorando a mares sobre el cuerpecito inmóvil de su hija. Tal vez llevara en los brazos sólo un despojo sin vida.

¿Qué iba a pasar, Dios, qué iba a pasar? Cuando fuera de noche, ¿dónde se encontrarían? ¿Aún allí?

Soplaba ya una brisa fresca, ese imperceptible viento bienhechor que besa las plantas al atardecer; pero Micaela no se daba cuenta porque estaba deshecha por el cansancio y pensaba que no sería capaz de incorporarse siquiera.

De improviso, en medio del angustioso silencio que sólo interrumpían sus propios sollozos, Micaela escuchó una vocecita.

—Tengo sed, mamá.

Y aquel hilito de voz fue el milagro que al instante cambió todas las cosas.

—¡Me hablaste, hijita! ¡Me hablaste! ¡Gracias ángel mío! ¡Gracias Dios santo! ¿Quieres agua? Sí, vamos al aguaje, estamos tan cerca... mira, ¿te acuerdas? Allí está el arbolito. ¿Dijiste que tienes sed? ¿Lo dijiste?

La niña había abierto los ojos, sus ojos inmensos, hundidos, de enfermita, y una sonrisa se dibujó en sus labios pálidos.

—¿Adónde vamos?

—Vamos al pueblo; mira, estamos en el zacatal, ¿te acuerdas? Otras veces hemos venido en burro.

Micaela se había incorporado nuevamente y tambaleándose, avanzaba a zancadas hacia el manantial.

El agua quieta, a flor de tierra, se ofrecía como una bendición, y Micaela, sin pensarlo, enloquecida por la alegría, daba de beber a su hija en el hueco de la mano.

Cuando reanudaron su camino, la madre ya no sentía el cansancio, una fuerza y un vigor insospechado la llevaban como en vilo y hasta sus pasos eran ligeros. El corazón le palpitaba de felicidad y casi quería correr, con su tesoro a cuestas, por buscarle pronto un cobijo para la noche. Hablaba incesantemente, temerosa de que la niña volviera a ponerse mala, pero la pequeña le contestaba siempre.

El presentimiento de que alguien venía tras ellas, la hizo volver la cabeza y reconoció al jinete que galopaba a lo lejos para darles alcance.

Claudio se detuvo respirando afanosamente y el caballo también resoplaba a causa de la carrera.

—¡Loca! —dijo él lanzándole una mirada iracunda.

—Pero la niña está bien, el aire del llano la curó... —murmuró Micaela con lágrimas en los ojos, porque ahora sentía necesidad de llorar sin saber exactamente por qué.

La niña le sonrió a su padre y entonces Claudio, sintiendo que su ira se tornaba en alegría, la arrancó de los brazos de su mujer para subirla con él al caballo.

—Sube tú en ancas, de todos modos vamos al pueblo que ya está cerca.

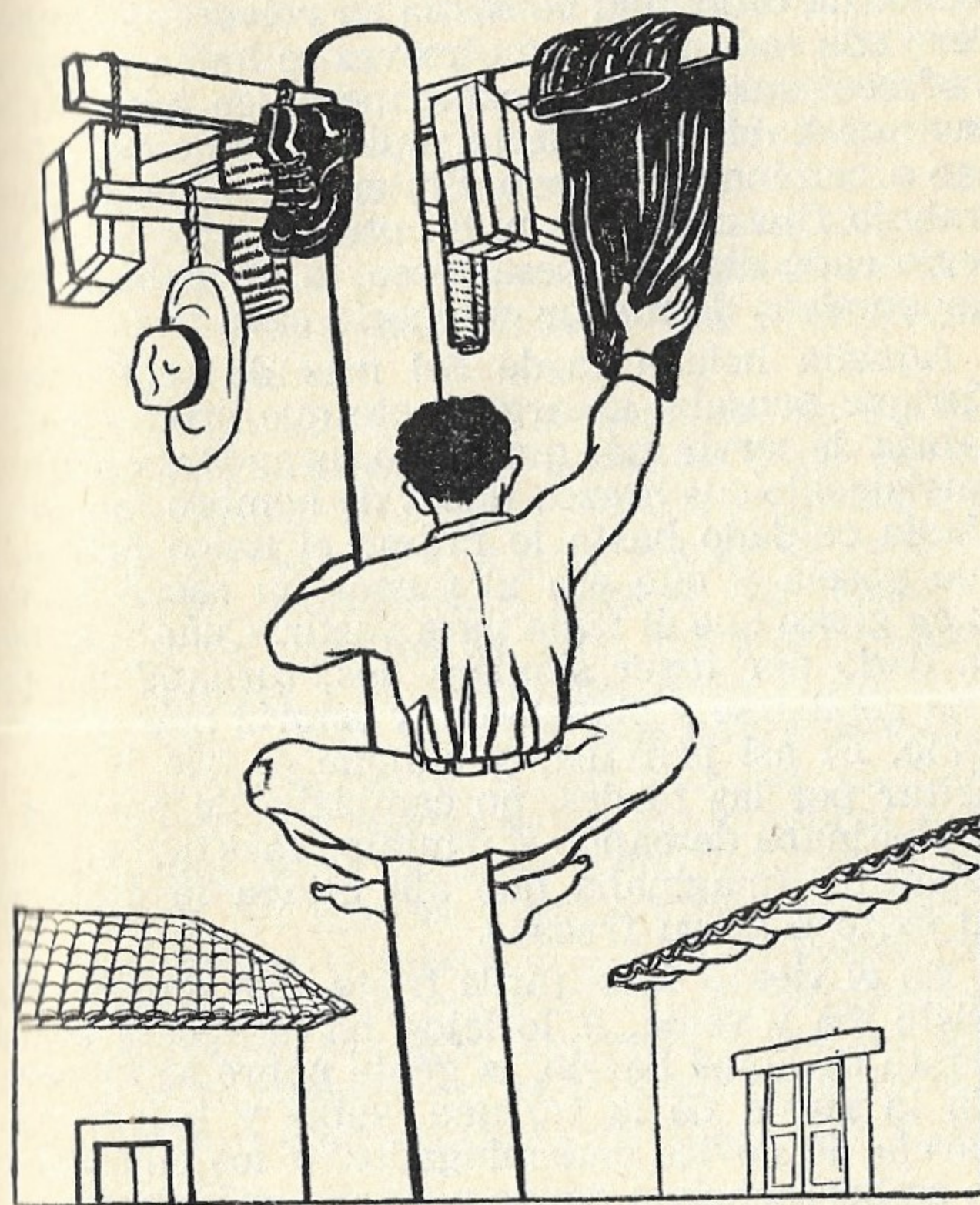
—Ya no hace falta —dijo Micaela—, podemos volvernos al rancho si tú quieres...

Ya el sol se ponía y el viento trajo un tañer de campanas. Como un manchón blanco se divisaba el pueblo al final de la llanura y hacia allá se encaminaron...

Acosado por la miseria, hambriento y muerto de frío, caminaba Enrique Fuentes por las calles de la ciudad. Lo mismo le daba ir por un lado que por otro, ya no perseguía la esperanza de encontrar empleo y se hallaba en un curioso estado de ánimo, apenas consciente de sí mismo. Por la mañana, un borrachín le había ofrecido una torta en un puesto de la plaza y era todo lo que en el día había caído a su estómago.

Sus amigos ya no lo buscaban o quizá se avergonzaban de andar con él, porque su apariencia era casi la de un pordiosero. Y de pronto, se había dado cuenta de que el dinero es muchísimo más importante de lo que él pensaba. Con dinero se come, se bebe, se tiene amor y amistad, influencias, trabajo si uno quiere, y ni el frío ni la lluvia parecen tan temibles. El en otro tiempo había temido su orgullo y quizá aquel mismo exceso de amor propio le había estorbado, impidiéndole aceptar ayuda ajena cuando aún había alguien que se la ofreciera. Después, había sido él mismo quien se atreviera a pedir, pero ya cuando se pide, la gente vuelve la espalda y se torna más déspota que nunca.

Habiéndose, pues, convencido de que no habría de contar con ayuda de nadie, Enrique se lanzó desesperada, frenéticamente en busca de empleo. Por desgracia había truncado sus estudios, no te-



nia oficio ni profesión y sus habilidades naturales eran muy limitadas. Aficionado a la mecánica, sabía en un momento desbaratar el motor de un coche. La dificultad consistía en volverlo a armar. Pero con todo, una que otra vez se había atrevido a ofrecer sus servicios como mecánico y las tartanas que había compuesto, milagrosamente, echaban a caminar de nuevo. Sin embargo, no hallaba trabajo fijo ni en ese ni en otro campo, y su aspecto cada día más desastroso, lo obligaba a buscar empleos de menor categoría cada vez.

Aquella helada tarde del mes de septiembre, Enrique pensaba amargamente que pronto ya no habría de servir más que como cargador, y miraba entristecido sus brazos flacos de hombre famélico. Había cuidado hasta lo último el único pantalón que poseía y que era al menos un recuerdo del buen gusto que él tenía para vestir. Cuánto hubiera dado por tener siquiera dos; turnándolos podría cepillarse y plancharse y estaría más presentable. El así pensaba, y aunque el frío le hacía tiritar por las tardes, no cambiaba de parecer y se obstinaba deseando el pantalón más que un saco calentito. Imaginaba que allí estaba la clave de su éxito o de su fracaso.

En el viento de la tarde triste, una música más triste iba y venía. A lo lejos, en la placita polvorienta de aquel barrio, la gente pobre se divertía. En la rueda de la fortuna, subía y bajaba una pareja de novios endomingados, y los chiquitines se emborrachaban dando vueltas y más vueltas en los caballitos. Los aparatos eran pequeños y de aspecto miserable, y al acercarse, Enrique se sintió más decaído.

Ocupando la atención de la mayoría, había algo

que todos rodeaban entre gritos y aplausos, y Enrique fue a unirse a aquel público formado en su mayoría por vagos y por la muchachada del barrio. Cuando se percató de lo que pasaba, pareció despertar de un sueño y súbitamente se sintió invadido por una ola de entusiasmo. Aquella gente se divertía con los que trepaban a un palo ensabado en cuyo extremo superior se exhibían algunas prendas de vestir. El viento agitaba allá en lo alto, un vestido de percal escandalosamente estampado, un delantal de la misma tela y un pantalón. ¡Un pantalón!

Los muchachos que se empeñaban en aquella tarea difícil, andaban casi desnudos y no les importaba ensuciar más los inmundos andrajos. Dos eran los más decididos, y para lograr su empeño, se ayudaban mutuamente, pero ni aun trepando uno sobre los hombros del otro, era posible alcanzar las prendas y el trecho que faltaba por subir era resbaloso a más no poder. Los chicos jadeaban y reían nerviosamente, soportando los improperios y las bromas burdas de los espectadores, pero aquello bien podía tomarse como un juego, tratándose de un par de muchachitos como aquellos que apenas si saben lo que es la vergüenza.

—¿Me atrevo o no me atrevo? —se preguntaba mientras tanto Enrique, sintiendo cómo las manos se le humedecían y el corazón le saltaba— subiré más o menos fácilmente hasta allí y luego... luego...

Se ponía encarnado con sólo imaginar el ridículo, el esfuerzo inútil ante un público semejante que no habría de tener piedad. Y por un instante imaginaba que su mano tocaba el pantalón, que

lo así, ¡que lo ganaba! Y jadeaba él también aturdido por sus pensamientos y su delirio.

De súbito se lanzó a la empresa y cuando se dio cuenta, ya estaba abrazando el sucio palo y el miedo lo hacía sudar a pesar del frío que se sentía. Se había hecho un silencio, el círculo de los mirones se ensanchaba, llegaban más espectadores. Era imposible retroceder, de todas formas le silbarían. Valerosamente hizo el primer intento, y aunque con dificultad, logró subir un buen tramo que los muchachos habían limpiado antes con sus cuerpos. Le parecía que faltaba poco y se empujó más arriba. No podía asirse, las manos resbalaban a pesar de sus esfuerzos y en un momento de flaqueza, perdió el control de sí mismo y se vino abajo. Las carcajadas y la rechifla atronaron sus oídos. No quería ver a nadie, quería ser sordo. Las mejillas le quemaban y la garganta se le había resecado al punto de dificultarle la respiración. Haciendo el propósito de ignorar a la gente, volvió a trepar y bien pronto se encontró donde había llegado antes y el coraje y la rabia le ayudaron en tal forma que no supo cómo avanzó unos palmos más. De nuevo la angustia de no poder seguir. Y allá abajo, la plebe cruel con sus bromas e insultos. El sudor le brotaba a chorros. Sabía que se estaba embadurnando y que al dejar aquello estaría como payaso. Como un relámpago pasó por su mente el recuerdo de tiempos mejores, cuando él ponía en salvo su orgullo por sobre todas las cosas. Nuevamente se venía abajo, la gente lo fustigaba y el latigazo de sus voces le dolía más que nada. Dos veces se fue hasta abajo y dos veces tuvo que luchar consigo mismo. De pronto, empezaron a escucharse los aplausos. Es-

taba cerca, muy cerca de la meta. Estiró un brazo y arrancó el pantalón.

Entonces, ya no pensó más y se dejó resbalar suavemente hasta que estuvo en el suelo. Estaba rojo, rojo como si fuese a brotarle la sangre por toda la cara. Una vieja que lo veía con piedad, advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas, a pesar de la sonrisa estúpida de sus labios.

La gente se hizo a un lado con cierto respeto y algunas miradas curiosas se clavaron en él con insistencia.

Cuando estuvo lejos, Enrique volvió a sentir el frío y entonces, en una calle desierta, extendió su nuevo pantalón para mirarlo bien. Era enorme y mal hecho, de una tela y de un color que ofendían gravemente el buen gusto.

Con un raído traje azul claro, los zapatos empolvados y un muy usado sombrero de fieltro un poco caído sobre la cara, hizo su entrada al rancho de Las Moras aquel hombre de aspecto pensativo que fue a llamar a la puerta de ña Dorotea.

Aquel extraño hombre, con un pequeño veliz en la mano derecha, no encontró a nadie en su camino y ni siquiera pensó que había casas por ahí, ni se dio cuenta a qué horas entró en la ranchería; pero podría apostarse que todos y cada uno de los habitantes de Las Moras habían fijado en él sus miradas curiosas tratando de adivinar quién sería ese curro y qué cosa buscaría.

Siguiendo la interminable veredita por donde había salido del pueblo de Mexquitic, después de un día malo, de pocas ventas, había al fin encontrado una casa. Se hallaba en las profundidades de un cañón, a lo largo del río que venía corriendo no muy lejos de la vereda y cuyo cauce sombrío, bordeado de sauces llorones y de álamos, seguía adelante hasta perderse de vista entre las vueltas de los cerros.

El desconocido se encontró, pues, de golpe frente a una puerta, tras la cual descansaban algunos pacíficos borregos abrigados con zaleas de tupida y sucia lana.

"Malas ventas", pensó nuestro hombre con tristeza, recordando cuán poca gente se había reunido



esa mañana a escuchar su palabrerío. Como era un merolico incipiente, apenas si se aventuraba por los pueblos en busca de la gente sencilla, no atreviéndose aún a trabajar en la ciudad. Lo malo que aquella gente "sencilla" conocía más verbajos que él y que había quien hasta lo miraba con pena.

No había comido en todo el día. De la casa escapaba un agradable olor a leña quemada y el forastero no lo pensó dos veces.

A sus voces respondió el saludo de una vieja que iba diligente a abrirle la puerta.

—¿Tiene unas tortillas que me venda? —dijo el desconocido.

—Se las voy a calentar, pase a esperarlas.

Y la anciana abrió la puerta atajando a las ovejas que se acercaban queriendo salir.

—Pase, pase, no le hacen nada.

El merolico se metió mirando desconfiado a un gran borrego cuernilargo y en un abrir y cerrar de ojos se encontró ante otra puerta que comunicaba con un patio amplio de tierra blanca y apretada.

La anciana lo dejó sentado bajo una enramada mientras ella se metía a la cocina y él aprovechó ese tiempo para examinar la casa. Por un lado, una cerca de piedras se alzaba entre la casa y el pedregal del cerro, y por el otro, estaban el cuarto y la cocina. El cuarto, o sea el dormitorio, era un blanco jacalito de adobes y palma, en tanto que la cocina era apenas una chocita formada con pencas de maguey, trozos de palma y zacate. Atrás de aquellas construcciones rústicas quedaban la milpa y la huerta y más abajo debía de estar el río.

"Bonito lugar", pensó el forastero y dio una chupada larga a su cigarro, entrecerrando los ojos.

Ña Dorotea salió de la cocina llevando un plato de barro y un molcajete. Después fue por tortillas y por una jícara de aguamiel.

Cuando hubo despachado todo, el forastero dio un suspiro de satisfacción y se alisó la barriga, pensando para sus adentros que nunca antes había comido nada mejor.

—¿Cuánto le debo?

—De eso hablamos mañana, orita acuéstese, que se le nota lo cansado hasta en el modo de mirar.

—Dice bien, ya me agarró la noche por acá. ¿Dónde puedo dormir?

—Pos aquí mismo, porque nomás tenemos un cuarto. Le voy a traer un petate.

La luna brillaba sobre un cielo claro y terso.

Ña Dorotea volvió a la cocina y al salir con el petate se le atravesó en la puerta un viejo y pesado perro que había estado durmiendo por ahí.

—¡Hazte! —dijo la vieja, y con una rodilla empujó al can hacia el interior de la cocina.

El forastero se resignó a pasar la noche sobre el duro lecho que se le había asignado, y mientras el sueño llegaba, fumaba un cigarro tras otro, y miraba las bellezas del cielo que se le aparecían por primera vez en todo su esplendor.

Ya le había parecido que ña Dorotea no estaba sola, pero de pronto la oyó hablar con claridad.

—Yo voy luego, tengo que lavar el nixtamal.

Como una visión apareció en el patio una joven de largas enaguas y luenga cabellera suelta que le caía más abajo de la cintura. Había salido de la

cocina y con paso menudo se encaminaba al jacal. A la luz de la luna su cara no se distinguía muy bien, pero el desconocido tuvo la visión de una beldad indígena, impresionante y soberbia.

—Nas nochis —murmuró la muchacha mientras se metía apresuradamente en el cuarto.

Al fuereño comenzó a latirle el corazón con mucho brío. “Bonita muchacha”, se decía.

Por un largo rato no pudo apartar los ojos de la puerta apenas entrecerrada tras la cual debía estarse desvistiendo la joven.

En la cocina, la luz continuaba encendida y todo alrededor era silencio. Después de aquella cena deliciosa, con una noche que arrancaba suspiros y esa muchachita en el jacal, el fuereño sentía que era dueño del mundo y empezaron a asaltarle las malas ideas.

“Estoy solo, casi en el monte, con esa chica preciosa y el único estorbo de una viejilla que pronto estará roncando.”

Muy seguro de que ña Dorotea dormiría en la cocina, pues hacía rato que no se oía ruido, el fuereño se hacía ilusiones.

“Y si no se duerme por las buenas, la amarraré a un árbol con un trapo en la boca”, se decía más animado cada vez.

Había transcurrido tanto tiempo, que debía ser la hora propicia, y el fuereño, sin pensarlo más, se lanzó al ataque enardecido. De dos zancadas estuvo a la puerta del jacal y luego, para no asustar a la muchacha antes de tiempo, se detuvo con el fin de abrir la puerta sin ruido. No había nada deteniéndola y sólo se escuchó un leve gemido de los goznes cuando él comenzó a empujar.

En esos momentos, la voz enérgica de la anciana se escuchó en la cocina.

—¡Marcial! ¡Dale una vuelta a los borregos!

Como si hubiese recibido un baño frío, el mero-llico desistió de su empeño instantáneamente y de un salto volvió a su petate donde se echó para fingir que dormía.

Marcial debería pasar entre él y el cuarto para ir al corral de los borregos, pero por más que miró disimuladamente, no lo vio ir ni venir. Quizá hubiese otra entrada.

Un temblor desagradable lo sacudía de pies a cabeza y el fuereño se dijo: “Hace frío”.

Como el suelo era muy duro, no se podía estar acostado mucho tiempo y nuestro hombre se levantó de nuevo y se fumó los cigarros que le quedaban. Todo estaba quieto otra vez y como el susto había pasado, las malas ideas volvieron a atormentarlo. Sólo por no dejar, tornó a acercarse al jacal y como si fuese de propósito, en la cocina se oyeron voces acaloradas.

—¡Te lo dije, Marcial, te lo dije!

Prudentemente el fuereño se retiró del jacal esforzándose por oír la conversación de la cocina; pero hablaban ahora tan bajo que no se entendían las palabras. La vieja lanzó una carcajada y luego todo quedó en silencio.

Decididamente, había que dormir un poco. Por otra parte, no era conveniente que lo viesen levantado, pues los rancheros son malos si les entra la desconfianza. “¿Será el marido de la chica?”, se preguntó el fuereño.

Algo malo ocurría en sus sueños cuando lo despertó ña Dorotea.

—Ya va a salir el sol, es mejor caminar con el fresco.

El merolico se incorporó y por un momento permaneció callado, contemplando el nuevo paisaje. El cielo era un mar de fuego y tras los jacales, recortándose contra ese rojo firmamento, asomaban las copas relucientes de los aguacates. Frente a él estaba la anciana Dorotea y también estaba la muchacha. No era la joven ninguna belleza extraordinaria, simplemente una agraciada mocita que miraba pudorosamente al suelo. Calzaba huachas y su pelo estaba ahora recogido en gruesas trenzas.

—Ah, sí... —murmuró aturdido—, es hora de irme. ¿Cuánto les debo?

—Nada, no nos debe ni un centavo —respondió la anciana con una sonrisa bondadosa.

—Bueno, en ese caso... me voy. Muchas gracias.

“¿Cómo será Marcial?”, se preguntó el fuereño mientras con su velicito en la mano trasponía la puerta de la calle.

Las mujeres lo vieron alejarse hasta que los arbustos y las peñas lo escondieron y después entraron a la casa.

Llegando a la cocina, ña Dorotea empujó al perro con el pie, muy suavemente, porque era un pobre perro viejo y achacoso.

—¡Hazte, Marcial —le dijo con una sonrisita—, tú siempre estorbando el paso!

A LOS CUARENTA Y CINCO

Le habían dicho que sus ojos eran bellos. Por primera vez después de varios años, Carmen se miró en el espejo con verdadero interés. Examinó cuidadosamente aquel rostro familiar donde la expresión de sus sentimientos había dejado huellas profundas. Era como la cara de una gente que se nos parece, pero de una gente que apenas estamos conociendo.

Aquellos ojos habían sido hermosos en la juventud; oscuros, de triste expresión, con párpados sombreados por un color violáceo muy marcado.

A los cuarenta y cinco años, es difícil conservarse bella, y Carmen miraba entristecida los estragos del tiempo.

¿Por qué no habría conocido antes a Luis, mucho antes, cuando ambos eran jóvenes, para ir envejeciendo juntos, sin notarlo? Ahora era tarde. Era en vano ilusionarse.

Pero esa y otras noches, la solterona no durmió bien. Se daba cuenta de que el corazón no había envejecido con ella, que aún sabía latir movido por el torrente de sus pensamientos.

La paz de los años que pasaran mansamente, entre el bordado y las cuentas del rosario, había acabado de súbito y Carmen, rejuvenecida, pensaba en el amor.

Fácilmente triunfó el sentimiento sobre la ra-



zón y la otoñal mujer paseó sus ilusiones con el hombre amado bajo las frondas románticas de los jardines, por las sombrías callejas provincianas.

A veces él hablaba de matrimonio, de un hogar que acogiera sus vidas que cual una sola habrían de deslizarse como las horas del ocaso, entre poéticas dulzuras. Otras ocasiones iban a la iglesia y se arrodillaban juntos, tomados de la mano, para orar en silencio. En la quietud de aquellas horas, ante el altar de la Virgen él solía musitarle al oído: "Así estaremos cuando vengamos a casarnos". Y ella se estremecía y un delicioso rubor arrebolaba sus mejillas.

Era como si empezara a vivir. Pensaba como una adolescente y reía sin motivo, a toda hora exaltada.

Al principio, cuando luchaba desesperadamente contra la ilusión, temerosa de un desengaño, decía: "Los hombres son malvados". "Hay excepciones" —replicaba él.

Después, casi vencida, suplicaba:

—Ten compasión. Aún es tiempo de acabar con esto si para ti es un juego.

Y Luis se ofendía y replicaba con mil razones.

—También yo me he quedado sin casar. Tengo más edad que tú. No hay obstáculos, no hay nada que nos separe. Ten confianza en mí.

Y llegaron días de felicidad incomparable. Carmen preparaba sus donas secretamente. Hacía maravillas con la aguja y en cada puntada iba quedando enredado un pensamiento de amor.

Faltaban unos meses para que el sueño se hiciera realidad.

Una vez ella cayó enferma. Fue una enferme-

dad deliciosa, porque en las horas de calma pasadas en el lecho, soñaba mejor con él; ya no se sentía sola, era como si ya estuviesen casados. A cada momento lo imaginaba llegar, con una ligera sombra de preocupación en su rostro varonil y lo veía acercarse preguntando: "¿Cómo sigues?" En aquellos días, Carmen bordó un pañuelo para él, marcándolo nítidamente como ella sabía hacerlo. ¡Cómo se había deleitado escribiendo aquellas letras con la aguja y el hilo!

Cuando estuvo bien, salió a buscarlo. Le daría la sorpresa y estaría a la salida de la oficina donde él trabajaba.

En el trayecto abrió la bolsa para cerciorarse de que no había olvidado el pañuelo; se lo daría doblado, simplemente, con familiaridad. Y aquel hecho insignificante de obsequiarle una cosa que ella había hecho, la llenaba de felicidad.

Como Luis tardaba en salir, ella, ansiosa, le llamó por teléfono desde un comercio, temblando de emoción.

—El señor Rodríguez acaba de salir —le informaron, y ella se extrañó de no haberlo visto, cuando miraba vigilante hacia la puerta desde hacía diez minutos.

Subió al camión que la llevaba a su rumbo, oprimida por la tristeza, con una inmensa necesidad de ver a Luis. Parecía que se hallaban perdidos, muy lejos uno del otro. Abrió su bolsa y sacó el pañuelo, para mirar una y otra vez el nombre de su amado.

A las pocas cuadras, subió una pareja y ella se estremeció. La mujer, gorda y pesada, fue derecho al asiento que quedaba adelante y se acomodó

dejando a su curiosidad una nuca masculina y gruesa, de ásperos y mantecosos cabellos rasurados. El hombre pagó los pasajes y vino a reunirse con ella; pero a dos pasos de Carmen se detuvo bruscamente y su cara blanca, deslavada, enrojeció y palideció alternativamente. Luis desvió la vista y profundamente turbado, tomó asiento al lado de la mujer gorda.

Carmen aún dudó, resistiéndose a creer en la infidelidad y permaneció como clavada en el asiento, dispuesta a desengañarse.

Algo dijo la mujer gorda y Luis, sin contestar, se llevó una mano a la cara e inclinó la cabeza, como aparentando una jaqueca. Carmen podía verle las orejas intensamente rojas.

Bastaron unos minutos de viaje para descubrir la infamia. La mujer abrazaba a Luis y le murmuraba secretos y él sólo enrojecía y enrojecía como si fuera a brotarle la sangre de la nuca y las orejas.

Carmen había podido dominarse: pero aquella mujer vulgar que le arrebatava su felicidad, tuvo la osadía de morder a Luis en la mejilla y entonces ella no pudo más y se levantó ahogándose, dispuesta a reprocharle su maldad y su falsía. Se detuvo junto a él, rozando con sus piernas las flacas rodillas del hombre, y jadeante, buscaba la palabra conveniente. El seguía cubriéndose la cara y la mujer no reparaba en ella. Carmen contuvo con dificultad un gemido y luego se apresuró a ganar la puerta, sin haber dicho una palabra.

El camión la dejó en la esquina de un barrio solitario, empolvado, y continuó su marcha llevándose al infame.

En la quietud de la calle se escuchó un sollozo y luego el taconeo de una mujer que caminaba por las viejas baldosas, llevándose a los ojos una y otra vez, el blanco pañuelo que fuera para Luis.

UN ASESINO

—¿Qué me cuentas, hijo? ¿Qué estás haciendo?
—¡Estoy matando!
—¿Matando a quién?
—A un hombre que me había estado haciendo
mucho daño. Me había estado haciendo mucho
daño. Me había estado haciendo mucho daño.
—¿Y ahora qué vas a hacer?
—Ahora voy a irme a casa. Voy a irme a casa.
—¿Y a casa de quién?
—A casa de mi madre. A casa de mi madre.

—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.
—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.

—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.
—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.
—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.

—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.
—¿Y a casa de tu madre?
—Sí, a casa de mi madre. A casa de mi madre.

La noche era tan negra que ni siquiera en el cielo refulgía la luz de las estrellas; sólo una débil claridad y uno que otro puntito borroso sobre el firmamento. Abajo, la oscuridad intensa y el triste cri cri de los grillos rodeando la casa.

María penetró a la cocinita y sentóse junto al fuego tiritando. Una vieja preparaba la cena y sobre el respaldo de una silla de tule dormitaba un pollo sancho.

—Cuénteme algo, doña Nica, me estoy muriendo de tristeza.

—Lo mismo dicían las otras, todas se ponen tristes cuando cai la tarde.

—Es cosa de esta tierra. En cuanto el sol declina, no encuentra usted alma viviente, sólo el grito de los pastores bajando los ganados del cerro, el balido quejumbroso de una oveja retrasada, el ladrar de los perros. Y después, nada, ni eso. Todos duermen allá, lejos, que por más que he caminado entre matas y peñascos siguiendo el cauce del río, no he encontrado ni una casa. ¿Por qué aquí no cantan los muchachos? ¿Por qué no forman rondas en las noches?

—La gente ta cansada y no hay tiempo pa re-
tozos.

—No, no es eso, es que aquí todo, la gente y los



animales, las plantas y las mismas peñas, parecen morir de tedio.

—La tristeza o la alegría no tan en las cosas ni en las gentes que nos rodean, eso es algo que llevamos dentro, y cuando decimos que el día está mustio, es que así sentimos el corazón y no nos damos cuenta.

María suspiró profundamente y acodada sobre sus rodillas, con el mentón entre las manos, quedándose mirando atentamente las llamas del fogón. Los leños ardían con facilidad y no había humo como otras veces. Un grato calor se iba expandiendo por la cocinita y el pollo que repentinamente había despertado murmuraba un pi pi arrullador.

Un hombre se asomó a la cocina y saludó haciendo que María se pusiera de pie sobresaltada.

—Pase asté don Julio, pase asté —dijo doña Nica mostrando una sonrisa desdentada y bonachona.

El desconocido penetró quitándose el sombrero y se presentó mientras estrechaba con mano franca y confianzuda la mano de María.

—Soy el maestro de La Cardona, Julio Rosales, para servirla.

—Mucho gusto, balbució ella.

—Aquí doña Nica ya me conoce, como mi escuela queda cerca, siempre vengo a visitar a las profesoras. Usted es muy nueva aquí, ¿verdad?

—Hace una semana que llegué.

En el fondo de su corazón, María experimentaba una alegría intensa, casi absurda, y de pronto pa-

recíale que la cocinita rústica y desnuda cobraba importancia.

—Qué bueno que ha llegado usted —se le escapó.

—¿Por qué?

—Estaba muy sola.

—Pues conmigo se olvidan los pesares, porque soy muy alegre —dijo él riendo ya, al parecer sintiéndose como en su casa.

Efectivamente, su cara era alegre y delataba a una de esas personas que ríen constantemente por el menor motivo. La risa y sólo la risa había marcado algunas arruguitas alrededor de sus ojos, y su boca, inquieta y juguetona, era como de niño.

—Siéntese, —dijo doña Nica.

Julio miró con simpatía a la vieja, la única criada disponible que hallaban las profesoras de La Tinaja y con quien siempre se encontraba en aquella cocinita de adobes. Doña Nica se acurrucaba sobre un cuero de cochino que tiraba en el suelo y allí permanecía horas y horas atizando su lumbre.

El profesor y María sentáronse cerca del fuego, esperando la cena y al cabo de unos minutos platicaban y reían como si fueran conocidos de antes.

Cuando lo creyó oportuno, dijo doña Nica:

—El profesor duerme en el salón, sería bueno que ya le compusiéramos su cama.

Alumbrándose con una linterna, los tres se encaminaron al salón y mientras las dos mujeres improvisaban el lecho sobre unas bancas, Julio continuaba hablando y riendo.

Aunque otro día era sábado, Julio y María ma-

drugaron y laváronse afuera, al aire libre, por no perder un instante de estar juntos. Luego salieron a caminar, tomando por la primera vereda que encontraron al paso.

Era una mañana soleada y todo lo que abarcaba la vista era armonioso y grato. Un olor a panal flotaba en el aire y aquel conjunto de flores y aromas, de peñas y arbustos, hacía latir el corazón de prisa.

Julio caminaba con rapidez e iba como enajenado; de súbito se volvió a su compañera y exclamó, con los ojos húmedos, respirando anheloso:

—¡Qué hermosa es la vida! Mire, María, si se pudiera, traería un equipo cinematográfico y filmaría estos campos, los ganados que pacen por allá, los pastores... Haría una historia sacada de aquí mismo y los artistas serían los propios campesinos. Sólo así podrán saber las multitudes de la ciudad de lo que es nuestro México, sólo así conocerían el alma verdadera de nuestra patria.

—Es un bello sueño, también a mí se me ha ocurrido.

—No es un sueño, tiene que ser realidad. Es que yo algún día seré algo más que un maestro de escuela y yo haré eso; revolucionaré con mis películas el cine nacional que por ahora es pura falsedad. ¿Se ha fijado qué muchachas de rancho sacan tan ridículamente emperifolladas, cargadas de maquillaje y desarrollando diálogos absurdos? No; que vengan y conozcan de verdad a nuestras mozas y que respiren este aire que embriaga los sentidos. Que sepan de las pasiones, de las historias que aquí se viven...

Julio se interrumpió y sentándose en una piedra se cubrió con las manos la cara como asaltado repentinamente por una profunda tristeza.

—Hace unos años —prosiguió más calmado— yo era un ranchero como cualquier otro, ignorante, porque de niño nunca fui a la escuela. Cuando tuve mi primera novia, un amigo me ganó con ella y yo deveras la quería, me enredé a pelear por ese amor y maté a mi rival. Sí, María... por asesino me llevaron a la cárcel, a la mera penitenciaría en la ciudad. Allá duré cuatro años y fue entonces cuando aprendí a leer. Yo sentía nostalgia de mi rancho, de mis amigos, y me arrepentía de mi violencia. Cuando salí me dediqué afanosamente a mejorar mis conocimientos recién adquiridos y empecé a leer con avidez y a ir al cine y a estudiar. Volví otra vez a mi ranchito y allí me recibieron bien y fue entonces cuando se me ocurrió por primera vez eso de filmar una película de cosas verdaderas, porque entonces ya veía con otros ojos los campos y los cerros y a las gentes mismas. Es como si hubiera vuelto a nacer. De pronto había abierto los ojos y me daba cuenta de todo lo que valía cuanto me rodeaba y empecé a amar más, mucho más entrañablemente las cosas de mi rancho, mis tierras, mis animales, mis amigos... Fue por eso que nunca pensé en abandonar lo mío y por eso me casé allí mismo. Me casé con la causante de mi desgracia que aún seguía soltera... no sé decirle si fue por amor, o por gratitud, porque gracias a ella yo estuve en la cárcel y aprendí a leer.

El profesor se quedó callado e inclinó otra vez la cabeza pensativamente. Luego se levantó y co-

mo despertando de un largo sueño, suspiró, sonrió e invitó a María a continuar el paseo.

Caminaron en silencio, entre las matas floridas que a medida que el calor aumentaba soltaban su aroma con más fuerza.

María, entristecida, seguía los pasos de aquel hombre extraño por quien ahora reconocía que había empezado a ilusionarse en una forma insensata. El paisaje, las flores, el calor, todo ello la aturdió impulsándola a realizar algún acto desconocido.

—Quisiera no volver a la casa en todo el día —suspiró.

—Pues no volvamos —exclamó Julio volviéndose vivamente.

María continuó caminando y lentamente le tomó la delantera.

—No sabía que fuera casado. Tiene usted una cara de inocencia, una alegría tan infantil...

—¡Se lo digo en serio, no volvamos a casa! Huyamos ahora mismo a vivir juntos en algún campo lejano. ¡Es tan hermosa la vida!

—¿Y su mujer?

Julio se turbó un tanto y declaró:

—Ya no soy casado, me olvidé decirle que he quedado viudo. ¡Soy libre, María! ¿Lo entiende? Nos casaremos en el primer pueblo que hallemos al paso.

—Sería lindo —suspiró ella.

Pero María no se detuvo y continuaba andando seguida por el impulsivo maestro que de pronto la llamó con una voz extraña y suplicante.

—Piénselo ahora... después será tarde.

María reparó asustada en que él había palidecido mucho y que temblaba como si estuviese enfermo.

Asaltada por una inquietud repentina, se dio prisa por salir del matorral que iban cruzando y cuando ya se hallaban cerca de un atajo despejado, les salieron al encuentro varios hombres.

—¡Dese preso!

Julio no se resistió.

—¿Por qué vinieron acá?

—Fue una corazonada.

—Perdón María... no hubiera querido causarle este disgusto...

—¿Por qué no se peló por otro rumbo?

—No imaginé que me buscarían en una escuela.

—Pueden decirme... ¿qué delito cometió?

—Maté a mi mujer. La volví a encontrar con otro y esta vez le tocó a ella.

—Por favor —dijo María—, sigan de largo y ya no lleguen a la escuela.

Y luego de decir eso, continuó su camino muy de prisa, enjugando las ardientes lágrimas que le corrían por la cara.

LA MADRINA

Su hermana mayor la llevó de la mano el mismo día que la madre quedó en el camposanto. La llevó a casa de Romanita, que era su madrina de bautizo, porque ellas no tenían ya donde vivir.

Desde entonces, Jesusita ya no volvió a ver a su hermana ni a saber de ella.

El primer día, Romanita se mostró muy contenta y estuvo contando a todas sus amistades que ya tenía una hija, porque como dicen que después de padres padrinos, y como Jesusita ahora era huérfana, era en verdad como una hija legítima a quien se le entrega todo el cariño y a quien se dedican todos los cuidados.

Jesusita había llorado toda la noche, mientras ella y su hermana velaban al único ser que las había abrigado en la vida y que les había ofrecido cariño y protección. La madre trabajó siempre como tortillera ganando una miseria que les alcanzaba a duras penas para matar el hambre, y finalmente había quedado así, fría e inmóvil sobre el raído petate, para no acompañarlas más.

Romanita llevó a su ahijada al mercado de Tepito para surtirla de ropa, porque la niña iba casi desnuda. Le compró muy buenas cosas, porque en Tepito se pueden adquirir buenas cosas por muy poco dinero, si la gente no es escrupulosa y no se



pone a pensar de dónde vendrán aquellas prendas usadas que pueden haber pertenecido a un tísico.

Los días que siguieron, Romanita trató a Jesusita como si fuera en verdad una hija y delante de las personas la besaba y la acariciaba, como haciendo alarde de su maternidad. Aquella mujer ruda e ignorante que había pasado de los cuarenta años sin saber lo que es un hijo, volcaba sobre la huérfana todas sus secretas ternuras y la chiquilla olvidaba un tanto su pena por la madre desaparecida.

A veces suceden cosas que nadie entiende y una de esas cosas incomprensibles del destino fue lo que sucedió a causa de un aguacero y del mal estado de las calles sin pavimento. El piso estaba resbaladizo, Romanita caminaba trabajosamente cargando un gran canasto y de pronto se le fueron los pies y ella cayó sentada dándose un golpe tremendo. Ese fue el comienzo. En el interior del abultado vientre de Romanita sucedió algo, quizá un órgano torcido volvió a su lugar o no se sabe qué; pero el caso fue que a los pocos días ella mostraba síntomas de estar embarazada. Cuando pasó un poco más de tiempo y estuvo casi segura, anduvo contándole a todo el vecindario que iba a ser madre, ahora sí, madre de verdad. La gente se reía, nadie daba crédito a sus palabras. Era algo absurdo y ridículo.

Romanita dejó sus múltiples actividades con que ganaba el sustento pasándole la carga a la pequeña Jesusita, porque ella estaba delicada y debía cuidarse. La niña tenía que lavar, hacer la comida, asear la casa y por la noche, preparar un bote grande de tamales e irlos a vender a la plaza. Si no los vendía todos, o si alguna cosa le salía mal,

era seguro que Romanita la golpeaba, porque las mujeres encinta, están nerviosas, según decía ella.

A medida que el tiempo pasaba, las cosas empeoraban para la pequeña que ya no tenía caricias ni buenos tratos. Se había convertido en la criada de Romanita y de su hombre.

Un día, Romanita se puso grave y una ambulancia de la Cruz Verde se la llevó.

La niña estaba contenta, porque oyó decir que Romanita tenía un niño chiquito. Su alegría era porque imaginaba que ya no estaría sola, que tendría alguien a quien amar y que tal vez volvería a ser querida, aunque fuera muy poquitito, como puede querer un recién nacido.

Aseó muy bien la casa, hasta le pareció que la había embellecido un poco, para esperar al bebé.

Romanita llegó en la tarde y a pesar de que la niña se había esmerado en arreglarlo todo, ella encontró motivos para maltratarla diciendo que ya se imaginaba cómo habían marchado las cosas en su ausencia.

Pero la niña no hacía caso de los regaños. Sólo quería que le permitiesen ver al nene y hacerle una caricia. Mas ese día no pudo ser, porque Romanita no quería que nadie le tocara a su hijo ni permitía que se le acercaran.

A los tres días, la niña se encontró sola un momento con el bebé, sólo un momento que ella aprovechó para tomarlo, temblando, entre los brazos. Parecía un gatito, bulléndose entre la profusión de ropas que lo envolvían, Jesusita sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al ver que el niño sonreía, porque pensó que aquella sonrisa había sido para ella. No pudo contenerse y le dio un beso.

No se daba cuenta que Romanita se acercaba, que la había visto.

Hecha una furia, la mujer le arrebató al niño y luego la emprendió a golpes contra ella, maldiciéndola ferozmente.

—Agarra tus hilachos y lárgate, ¡maldita puerca! ¡No quiero verte más en mi casa, no quiero verte más!

La niña salió despavorida y cuando lloraba por la calle, nadie le preguntaba por qué lo hacía, porque hay muchos niños que lloran por la calle.

Logró llegar a donde había vivido con su madre y su hermana, pero los desconocidos que habitaban la barraca, no sabían nada de su hermana. Nadie le supo decir adónde se había ido.

Y fue así que la pequeña Jesusita pasó su primera noche en la calle, durmiendo en el quicio de una puerta.

POLVOS DE AMOR

—Me da un cinco de polvos de amor.

Como no era la primera vez que un ranchero pedía aquello, el boticario, con una sonrisa socarrona, entregó a su cliente un sobrecito lleno de polvo blanco, blanco y perfumado como talco...

Facundo salió de la farmacia contemplando embobado el paquetito y por las calles empedradas del pueblo caminaba ajeno a todo lo que no fuera aquel tesoro. Vertió sobre la palma de su mano un poco de polvo, lo olfateó y después sopló para que el viento de esa tarde calurosa llevara el sortilegio a la dueña de sus pensamientos.

Dejó el pueblo cerca de la puesta del sol y se echó al monte apresurando al burro que pujaba y corría, tras el desfile de los apurados caminantes que veían venir la noche. A poco andar se reunieron en un grupo los hombres y mujeres que en mulos, caballos y asnos hacían el viaje con destino al rancho de El Corte.

Cuando les dio alcance, Facundo saludó con un saludo en el que se desbordaba su alegre esperanza.

—El sol se nos mete por Peñitas y estas noches son oscuras, hay que darse prisa.

—Pos sí, no vaya a pasarnos lo que sucedió l'otro domingo con los de Clavellinas... cuando uno traí las mujeres hay que volverse temprano.



—¿Y qué pasó con éstos?

—Pos nada, no han dao con los julanos que hicieron la fechoría. Menos mal que todos recibieron a las mujeres así como iban, ni modo de dales la calle si no supieron defenderlas.

—Pos dicen que iban todos bien armaos, los jijos esos traiban sus carabinas y así ni quien se ponga.

Facundo entró a la conversación mientras liaba un cigarro de hoja, dejando que el burro siguiera el camino por sí mismo.

—Lo que se siente son las probes muchachas, esas ya no se casan.

Por el rancho de Peñitas se les metió el sol como habían calculado. Iban dejando atrás las casitas, internándose en los trigales de la planicie cuando el sol se hundió en el horizonte dejando un rastro de sombras y de llamas. Aquí y allá se oía el piar entrecortado de algún pájaro que buscaba abrigo a ras del suelo y por un momento nadie habló, quedando cada cual sumido en sus pensamientos.

A lo lejos, llegando a las primeras arboledas, se divisaban dos mujeres, paradas junto al camino.

—¿No es aquella tía Nacha?

—Sí, son tía Nacha y Santitos...

Los viajeros de El Corte diéronse más prisa por dar alcance a las mujeres.

Cuando los vieron cerca, tía Nacha y su sobrina montaron de nuevo en sus borricos y reanudaron el camino lentamente.

—¿Vienen del pueblo también? —les preguntó Facundo muy risueño—, no las vide por allá.

Como fue el primero en alcanzarlas, se fue con ellas el resto de la jornada, haciendo los tres un grupo aparte.

—Pos nos vinimos temprano —dijo tía Nacha— pero estos animales caminan muy despacio.

En las proximidades de El Corte, los animales ya casi corrían, acicateados por el hambre, excitados por el olor a humo y a boñiga.

El rancho estaba sumido entre las sombras, los perros ladraban y las pezuñas de los animales teclaban sobre el tepetate de las callejuelas. En el trayecto, la gente se iba quedando, hasta que Facundo y las dos mujeres se hallaron solos, como tres sombras, por las calles desiertas.

—Lo bueno es que vivemos cercas yo y ustedes —comentó él.

En la orilla opuesta del rancho, casi ya en pleno monte, se apearon los tres junto a una cerca. Facundo se aproximó a Santos para ayudarla a meter el burro en el corral y hubo un momento en que sin querer, por culpa de las sombras, sus cuerpos se juntaron. Estremecido, despierto en un instante su deseo salvaje, Facundo jadeó, cerró los ojos y apretó los dientes mientras se decía: "¡Dios mío, cuánto la quiero!"

Tía Nacha andaba ya por el corral hablando sola, tropezando con algún becerro echado y asustando a los borregos.

Santos y Facundo, en la puerta, quitaban los aparejos al jumento. La muchacha, una robusta muchacha de huaraches y enagua hasta el tobillo, empujó al borrico para adentro y cargó luego con los aparejos al interior de la casa.

—Santitos... —la llamó Facundo en voz baja,

pero ella no lo escuchó y continuó avanzando, alejándose de él. Luego las dos mujeres se encontraron en el patio y Facundo oyó que la tía Nacha preguntaba:

—¿Ya se fue?

El se había quedado con la mano derecha sobre el corazón, acariciando el paquetito milagroso que guardaba en la bolsa de su camisa. “Mañana será otro día”, se dijo esperanzado y montando nuevamente en su burro, se alejó silbando rumbo a su jacal.

Como era hombre solo, nadie le esperaba, ni siquiera un perro porque no lo tenía. Dejó al jumento en el patio junto a un montón de rastrojo y fue a acurrucarse en la cocina donde tenía sus tenamastes y su comal y todo lo que hace falta en una buena cocina. Hizo fuego, calentó sus tortillas enormes, hechas por él mismo y estuvo masticando pensativamente, limpiando sin darse cuenta apenas, los restos ressecos de chile que había en el molcajete.

“De Dios que hartó la quiero”. “De Dios que fui un tonto por no habérmela llevao orita que la tuve cerca, que la noche es tan oscura...”

Facundo fue a recostarse en el petate, pero no tenía sueño, continuaba pensando en lo tonto que había sido.

“No saqué los polvos... biera hecho la cala orita mismo, pero qué tonto soy... qué tonto soy.”

Se levantó al fin y salió a la noche nuevamente, queriendo refrescar su cabeza, calmar sus ansiedades.

Había ahora una débil claridad y algunas estrellitas opacas y tímidas asomaban por el cielo. Se

había soltado el viento, uno de esos vientos que con frecuencia se adueñan del rancho llenando la noche de lúgubres silbidos.

Facundo avanzó por los matorrales. Los órganos gigantes y erectos que se alzaban no muy lejos de la vereda, balanceábanse con el viento y parecían amenazarle; pero él conocía el terreno como la palma de su mano y no le asustaba la noche.

Una sombra se movía por la casa de tía Nacha y Facundo adivinó la presencia de su amada.

Agazapado por ahí vio a la muchacha que salía osadamente a la calle. Miraba el cielo y quizá contaba las estrellas. De súbito, Facundo se hizo presente y comenzó a hablar dulcemente para no asustarla.

—Santitos... me volví a buscar mi paliacate. Lo tiré cuando nos apiamos seguramente, y como ay traiba mis centavos...

La muchacha retrocedía, iba a entrar nuevamente a la casa y ya tenía la mano sobre los palos de la puerta.

—¿Ya se durmió su tía?

—Está en la cocina.

Anhelante, sin poder reflexionar más tiempo, Facundo se aproximó a ella, puesta toda su esperanza en los polvos con que había untado su mano.

Santos no se movió y cuando Facundo la tomó de la mano sintió cómo ella también oprimía la suya.

—Santitos...

Ambos respiraban entrecortadamente, aturdi-

dos, conscientes de que pasaban el instante decisivo de sus vidas.

—Vámonos... —dijo él en un susurro.

Tomados de la mano caminaron un trecho hasta alejarse de la casa, y de pronto, Santos se detuvo y le dijo:

—¿Me quiere de verdá, Facundo?

—Al par de mi alma.

—Tengo que dicile una cosa, orita que es tiempo...

Facundo no quería escucharla, ansiaba hallarse con ella lejos de tía Nacha y de todo lo que pudiera acabar con la magia de los polvos.

—Esas muchachas que se robaron l'otro domingo... yo jui una de ellas, mi tía Nacha apedrió a los hombres y gritó muncho, muncho, hasta que le taparon la boca... después que me soltaron, como jui la primera y no hubo testigos, hicimos el acuerdo de no decir nada... pero a usted... es mi obligación dicile todo...

Facundo quedó un momento pensativo. Sólo se oía el ulular del viento y los órganos negros, en su vaivén parecían llamarlos.

Santos temblaba nerviosa y friolenta y casi tenía ganas de llorar.

—Vámonos Santitos —dijo él.

Y continuaron su marcha por entre los matorrales hasta perderse en los montes solitarios.

El viento, uno de esos vientos que solían azotar el caserío llenando la noche de lamentos, arrastró el papelito que Santos tiró disimuladamente y que acaso se juntó por ahí con el que a su vez

había tirado Facundo. Los polvos de amor que aún quedaron en ellos se esparcieron entre las clave-linas y los cardos y la noche guardó para siempre el secreto de aquellos poderes mágicos.

UN ADMIRADOR

La señorita Martínez salió a las cinco en punto de la casa del doctor Arreola. Enseñar a tocar el violín a un muchachito como el hijo del doctor, era verdaderamente fatigoso y difícil. La señorita Martínez miró distraídamente su reloj de pulso y se alejó con paso rápido, deseosa de llegar a su casa para tomar una tacita de café.

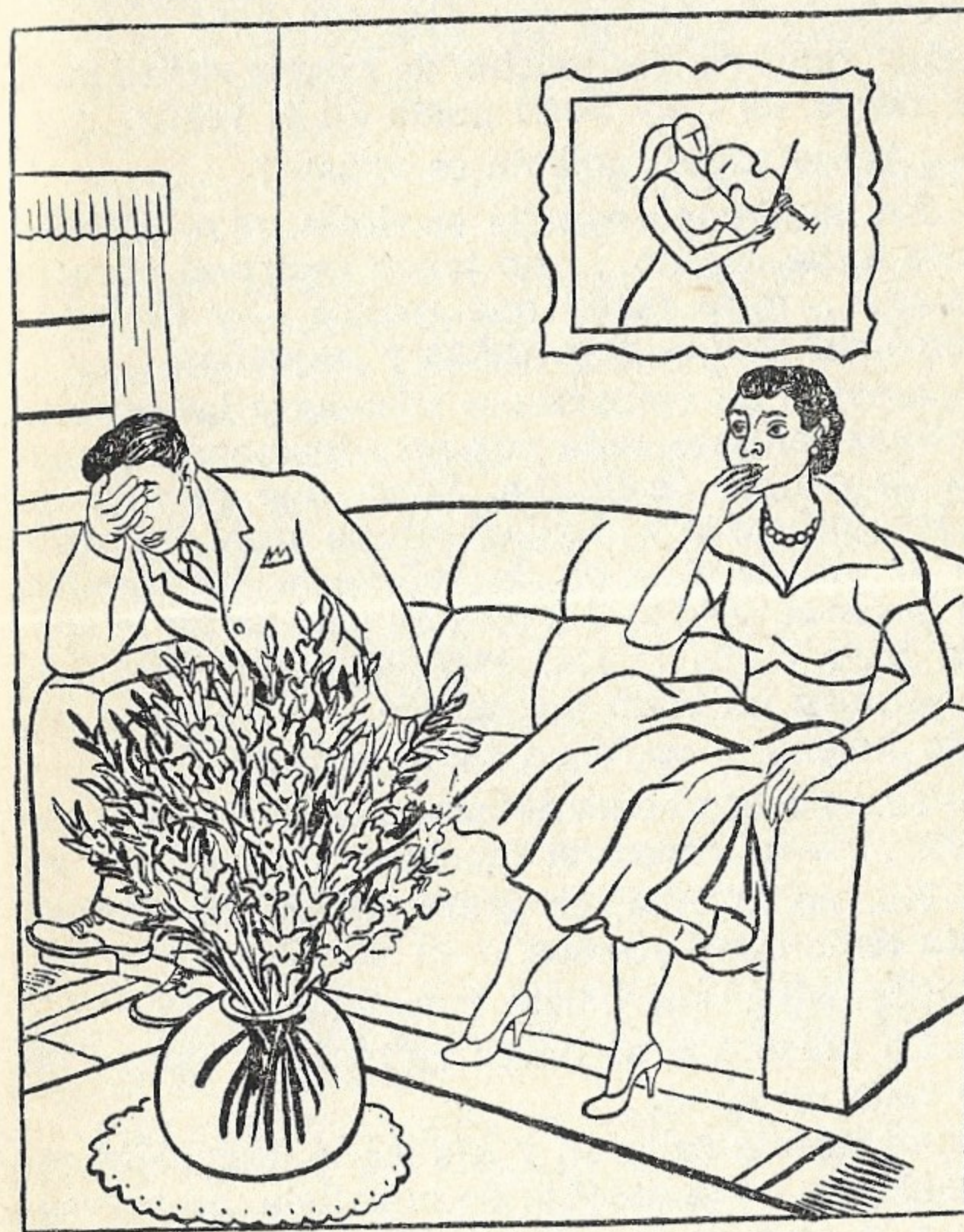
Pensaba en el chico del doctor, aquel diablillo que ejecutaba saltos de cualquier sitio que estuviese en alto, daba maromas y se paraba de cabeza, en tanto que ella agotaba sus recursos de persuasión para interesarlo en la música.

Llegando a la esquina, un joven que parecía aguardarla, le cerró el paso, y bruscamente, de tal modo que la señorita Martínez se sintió alarmada, le dirigió la palabra:

—Señorita... perdón... es usted la señorita Martínez, ¿no es así? ¡Nuestra famosa violinista!

—Pues sí, yo soy la señorita Martínez... violinista... —balbució ella apretando fuertemente en su diestra el estuche que contenía su precioso violín.

—Sabe usted... bueno, le ha de parecer extraño que la aborde en la calle un desconocido, tiene usted razón; pero mire, soy un ferviente admirador suyo... la he escuchado varias veces, toca usted maravillosamente...



Ambos se habían puesto a caminar y la señorita Martínez enrojecía hasta el punto de parecer que le iba a brotar sangre. Una vena hinchada surcaba su frente amplia como en todos los momentos en que algún incidente lograba alterar su tranquilidad. De reojo observaba a su inopinado admirador y le placía que éste fuese de la traza y figura que era: rechoncho, de rasgos viriles aunque toscos, de muy buen gusto en el vestir.

—¿Acaso usted también es artista?

—En un tiempo estudié el violín, pero últimamente lo he dejado... no tengo facilidad para la música... mire usted qué manos —y el joven mostró sus manos regordetas y pequeñas.

Sobrevino un embarazoso silencio y la señorita Martínez sentíase cada vez más incómoda, temerosa de causar desilusión. Sabía que su aspecto era insignificante y rápidamente se hacía el propósito de visitar el salón de belleza lo más pronto que le fuera posible. La cola de caballo no le sentaba bien y sus labios, excesivamente delgados, necesitaban un buen maquillaje que les diera aspecto juvenil y acaso un tanto sensual.

—Temo tanto causarle disgusto... perdóneme usted... —murmuró el muchacho.

—No, no lo crea, es grato saber que alguien gusta de lo que hacemos.

—¿Es usted una artista maravillosa!

—Lo único que sé hacer es tocar, y pongo en ello toda mi alma.

Nuevamente callaron y sus pasos desiguales escuchábanse en la quietud de la calleja. Se acercaban a la casa de la señorita Martínez.

—Si usted gusta pasar, charlemos un poco...
—dijo ella deteniéndose ante la puerta.

—No, gracias, ahora no... —el joven dudó unos instantes y luego añadió con vehemencia:

—Pero si pudiera usted concederme después una entrevista, si fuera tan amable de recibirme, de abrirme las puertas de su casa aunque sólo sea por un momento... yo necesito de usted... ¡Necesito de usted...!

—Naturalmente... con todo gusto le recibiré mañana. A las ocho de la noche le espero.

El joven mirábala con arrobó, casi se diría con gratitud y en un arranque sentimental se llevó a los labios la mano que ella le alargaba y la besó apasionadamente.

Aquella noche la artista no consiguió dormir. Las palabras breves, emotivas, que había escuchado por primera vez en labios de un hombre, continuaban haciendo eco en su corazón.

Otro día, la señorita Martínez fue al salón de belleza y se sometió a los tormentos necesarios para transformarse en una mujer hermosa. Ahora reparaba en lo descuidada que era y se decía que con mucha razón no había tenido novios, y que ella en especial, como artista, tenía la obligación de andar bien presentada, atrayente.

El resto del día lo ocupó haciendo compras, arreglando la casa, y a las ocho de la noche en punto, estaba lista para causar una grata impresión en su admirador.

—¿No será demasiado notorio? ¿No creerá que todo lo hice por él? Después de todo no es más que un desconocido, hay que admitirlo. Pensará tal vez que nunca he tenido admiradores.

Su madre la tranquilizaba y la ayudaba con los toques finales, hasta que él llamó a la puerta con unos golpecitos discretos.

—Pase, pase usted por acá.

La salita olía a jazmines y lo primero que se advertía al entrar era un gran óleo con el retrato de la artista.

El visitante llevaba un ramo de rosas rojas, que entregó a la señorita Martínez con unas breves palabras muy acertadas.

—Ha adivinado mi gusto... éstas son mis flores preferidas...

El embarazo de los primeros momentos pasó pronto, porque la joven, transformada de pies a cabeza sentíase bonita, y su alegría la hacía reír, sentirse ágil en el pensamiento y la palabra.

Hablaron de música. El era un apasionado de la música.

Entusiasmada, llevada por las palabras de aquel hombre galante, la joven se prestó a interpretar una melodía. Queriendo impresionar a su oyente, se metió en algo difícil que nunca le había salido bien; pero era algo hermoso que valía la pena.

Las notas empezaron a fluir dulce, tímidamente, mientras el alma de la artista se iba embriagando con la melodía.

Transfigurada, poseída por el genio de la música, la señorita Martínez parecía en verdad un ángel tocando una melodía celestial. Interpretó sin fallas lo que nunca antes había podido y sus notas débiles de los primeros momentos adquirirían sonoridades mágicas.

El privilegiado oyente, con devoción y asombro

escuchaba. En sus ojos había lágrimas, como las había también en los ojos de la artista al final de la ejecución.

Calladamente, la señorita Martínez guardó el violín y luego, con la más dulce de sus sonrisas, se aproximó al visitante.

—Aún no sé su nombre...

—Llámeme Alfredo.

La señorita Martínez se acomodó en un sillón y luego, familiarmente, como si conociera a aquel hombre de mucho tiempo atrás, se quedó mirándolo a los ojos, atraída por la simpatía que desde un día antes él lograra despertarle.

—Estoy contenta de haberle conocido.

—Y yo considero que no merezco el privilegio de estar cerca de usted.

—Llámeme Amelia.

—Oh, amiga, amiga mía, ¡cómo necesito de usted! Estoy tan solo en la vida.

—Pues en adelante no lo estará más. Hasta ayer, yo también me sentía así.

Alfredo se llevó una mano a la frente e inclinando la cabeza pareció sumirse en tristes reflexiones.

—Usted conoce a Maruca Rosales, ¿no es así?

—Pues, no la he tratado mucho...

—Las vi juntas algunas veces.

—Sí, algunas veces —repitió ella extrañada.

—Ay, amiga mía, yo la he buscado para abrirle mi corazón, la veía tan sencilla, tan callada, tan buena, que he tenido que llegar hasta usted, sólo usted podrá entenderme... porque es artista, y

porque es mujer... no se reirá de mis lágrimas ni le parecerá ridículo mi dolor.

Asustada, Amelia observaba a su interlocutor que parecía próximo al llanto.

—Estoy perdidamente enamorado de Maruca, la amo hasta el delirio, siento que no puedo vivir sin ella... hasta hace poco fuimos novios —exclamó, mirando a la violinista con una mirada extraña—, pero ella me ha dejado por otro...

En la salita de Amelia se escuchó un gran sollozo y luego Alfredo se llevó la mano a la frente e inclinado, escondiendo la cara, quedó un gran rato en silencio.

—Amigo mío...

—Perdóneme —susurró él sin levantar el rostro—, su música me revivió tantos recuerdos...

—Si lo hubiera sabido —balbució ella acongojada.

—De todas maneras pensaba confiarle mi pena, necesitaba urgentemente de una persona como usted para desahogarme... de lo contrario... me hubiera matado.

—De una persona como yo...

—Siempre la he visto sola, dedicada a su arte...

—Sí, claro, ha hecho bien en buscarme.

—La he entristecido con mi historia.

—Es natural... un hombre que sufre en esa forma —Amelia observaba atentamente sus uñas maquilladas y sentía cómo la vena de su frente se hinchaba.

—Me voy, Amelia, y espero que se tan bondadosa de seguirme escuchando, de recibirme aunque sólo sea un momento diariamente...

—Venga cuando guste, cuente conmigo, con la amistad que usted buscaba.

—¡Gracias!

Alfredo volvió a besar con efusión la mano de la joven y se alejó aliviado de su pena.

Amelia fue a la sala nuevamente, miró las rosas rojas y luego, dándose cuenta de que estaba elegante, se sintió ridícula, humillada y se acurrucó en un sillón. Allá lloró largamente, con un llanto tranquilo que le hacía bien.

DON ROSENDO

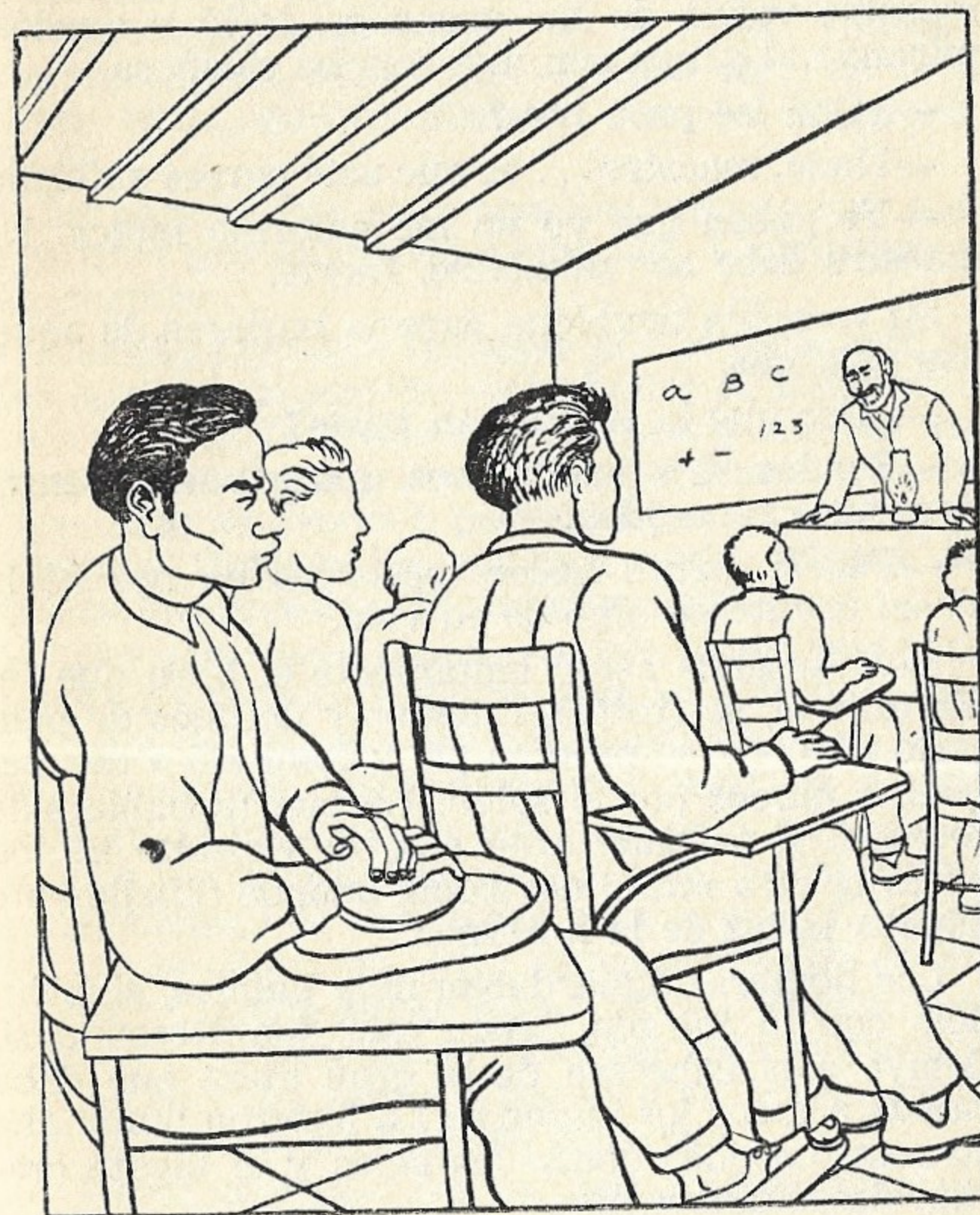
Las brumas habían oscurecido el paisaje invernal y los árboles desnudos tiritaban en las sombras. El frío parecía llegar por los cuatro puntos cardinales y la gente encogida, muda, deslizábase fugazmente aquí y allá, en busca de un rincón abrigador.

Don Rosendo dejaba su cuartito. Con manos torpes metió el candado entre las dos armellas y se alejó entumido, soplando su aliento sobre los dedos engarrotados. Sus pies, que en otros tiempos habían recorrido ágilmente aquel mismo camino, ¡cómo se arrastraban ahora y cómo tropezaban entre las piedras!

Pasando indiferente ante las cosas que en mejores días hicieron agradable su estancia en el lugar, el viejo maestro se dirigió a la escuela, pequeño, frágil, encorvado.

Los rudos campesinos que asistían a las clases nocturnas, precipitáronse al interior del salón y tomaron sus asientos bulliciosamente, igual que lo hacían los pequeños en el día. Se comentaba el estado del tiempo, se reía. Los bancos rechinaban, los huaraches tallaban el piso, las cuchillas tintineaban chocando aquí y allá...

El silencio que se hizo fue casi repentino, como si obedeciese a una orden. Don Rosendo se hallaba en su escritorio con la frente apoyada entre las



manos, dando muestras de estar infinitamente triste o tal vez agobiado de cansancio.

Sorprendido por la actitud de sus alumnos, el maestro volvió de sus ensueños, tosió y quedóse mirando al grupo con una sonrisa cariñosa.

—¿Qué les pasa hoy?

—Nada, maestro... es que usted parece enfermo.

—Ya saben que yo no me enfermo nunca. Un maestro debe ser saludable, fuerte.

Su vocecilla temblona parecía burlarse de aquellas palabras.

—¿Por qué lo vemos tan triste?

—Son los años, muchachos, uno se vuelve pensativo, hace recuerdos...

—Por si quiere hacer recuerdos no nos dé la clase; cuéntenos algo de su vida.

Don Rosendo cerró lentamente el libro que tenía ante sí, se frotó las manos y después de pensarlo un poco, se puso en pie y comenzó a dar pequeños paseos por el salón. La puerta había sido cerrada, y pasando ante ella, el viejecito se iba hasta la otra mitad del salón, adonde difícilmente llegaba la luz de la linterna.

Los hombres aguardaban muy quietos, siguiéndole con la mirada, hasta que don Rosendo se detuvo a la cabecera de la gran mesa que daba cabida a todos los alumnos. La linterna iluminaba su rostro enjuto donde las cejas y el bigote crecían descuidadamente.

—Muchachos, antes que otra cosa, voy a decirles en qué pensaba cuando les pareció verme triste... No, no estaba triste, acariciaba el deseo de

morir entre ustedes, de acabar mi larga vida de maestro dando clases...

El profesor miró satisfecho a los hombres que se apretujaban alrededor de la mesa. Hombres toscos, alegres, sanos, que él había visto de cerca desde niños, que llevaban en el alma un poquito de él.

Le parecía que eran aquellos mismos con quienes tuvo que enfrentarse una vez, al principio de su carrera.

Cuando tuvo que trabajar por primera vez con los adultos, su espíritu de luchador se había puesto a prueba. Don Rosendo evocaba y sonreía, meneando la cabeza y cuando al fin se decidió a hablar, hizo su relato a pausas, intercalando largos silencios durante los cuales lanzaba alguna distraída exclamación, hacía ademanes.

“Era muy joven entonces, tan joven, que todos los alumnos eran mayores que yo. Cuando entré al salón me pareció que había caído en una trampa y asustado, confundido, no acertaba a decir palabra. Los hombres comenzaron a reír; yo enrojecía, me esforzaba, pero a cada momento mis pensamientos se enredaban más y más. De pronto, no sé cómo, un grito ronco se escapó de mis labios: “Cuando hayan cesado de reír, daremos comienzo a nuestra clase”. Eso fue todo lo que dije. Con el silencio, volvía el ánimo a mí, y les aseguro que ese día fui un maestro brillante.

“Había abrazado con tal ardor mi carrera, que llevaba las cosas a la exageración. Imponía a los alumnos una disciplina tiránica, porque como en aquellos tiempos comenzaban a funcionar estas escuelas rurales, la gente estaba bronca, mal edu-

cada, y hube de enseñarles desde a quitarse el sombrero para entrar al salón. Les prohibía fumar, hablar, interrumpir la lección y cuando alguna vez un borrachín quiso entrar a clases, lo saqué en vilo y lo puse en la calle.”

Don Rosendo se acarició la barbilla y un destello de orgullo iluminó sus ojos.

—Porque han de saber ustedes que yo fui en mi juventud un hombre vigoroso, fuerte como un roble.

“Un día recibí la visita del señor inspector, por mi mala suerte empezaban ya a laborar los inspectores y estaban deseosos de hacer algo. Por más que me esmeré en quedar bien con él, aquel santo señor se mostraba hosco, y no correspondía a mis halagos. En la tarde reunimos a la gente y tuvimos la primera junta escolar. No recuerdo exactamente las palabras del inspector, un hombre respetable, imponente; pero lo cierto es que cuando lo oí hablar me quedé helado. Dijo que iba para hacer una investigación, porque se habían recibido quejas acerca de mi conducta como maestro. Al principio la gente callaba, muchos me miraban de reojo, con la cabeza gacha y yo esperaba sin saber cuál era mi falta.”

Don Rosendo sacó un gran pañuelo que llevaba cuidadosamente doblado, y se limpió la cara, como si pasase en aquellos momentos por el conflicto que estaba relatando.

—Ay, hijos míos, pues ahí tienen ustedes que cuando ya respiraba aliviado creyéndome a salvo de una supuesta calumnia, un hombre se puso en pie. Era uno de mis alumnos de la nocturna, de mirada torva y rencorosa. Clavó en mí sus ojos

acusadores y habló con voz sonora, enconada: «¡No queremos a ese maestro porque nos trata mal! Es un muchacho engreído que se porta como un capataz» «Nos trata como a bestias», añadió otro y después de ellos, todos siguieron hablando, insultándose, desahogándose en público. La gente agitada cuchicheaba, las miradas se clavaban en mí cargadas de odio y me herían como dardos. Yo hubiera deseado desaparecer, salir huyendo para no volver jamás. Triste, apenado, asustado como un animalillo al que se acosa, me hacía pequeño en mi asiento. Alguien gritó por ahí «¡Debíamos haberlo echado como a un perro del mal!» Y entonces el inspector, que había escuchado todo atentamente, puso fin a aquello: «¡Basta!» gritó, «Les he escuchado a todos, ya han expuesto sus razones; considero de justicia que el maestro nos dé una explicación, ahora hemos de oírle a él». «No hablo, no puedo hacerlo», murmuré.

«Es su deber», apremiaba él y yo le contestaba: «no, no, yo lo dejo todo, me marchó, me voy con usted.»

“El inspector, colorado, furioso, se dirigió a la gente: «Señores...», «espere, voy a hablar», dije yo. Me puse en pie y armado de valor me encaré con aquel pueblo que así pagaba mis sacrificios y mis esfuerzos. No podré reproducir las palabras que dije, porque no las recuerdo, sólo se que hablé con vehemencia, que puse todo mi sentimiento y mi amor a la justicia, que reproché y acaricié con mis palabras a aquellos que fueron mis primeros alumnos... yo no pido imposibles, sólo exijo respeto para este recinto que es sagrado, porque aquí han de formarse las generaciones futuras, porque aquí han de aprender a leer vuestros hijos

y los hijos de vuestros hijos. . . así concluí, y cuando cesé de hablar, la gente lloraba. Aquel que primero levantó su queja en contra mía, fue a besarme la mano y muchos otros siguieron su ejemplo. «Perdón, maestro», «perdón» . . . »

Don Rosendo se había conmovido y no habló más. Fue a sentarse en su escritorio dando muestras de una gran fatiga. Jadeaba un poco.

Los hombres callaban, apenados como si ellos hubiesen sido los mismos que dieron al maestro la primera copa amarga.

Un muchacho se levantó y colgándose la cuchilla en el hombro dijo:

—Vámonos, profesor, me voy con usted hasta su casa.

Otros se levantaron también, pensativos, y fueron a rodear a Don Rosendo.

El viejo maestro estaba como dormido, con la cabeza hacia atrás por sobre el respaldo de la silla. Apenas lo tocaron, el cuerpo sin vida perdió el equilibrio y entonces se dieron cuenta de que aquella había sido su última clase.

LA CASA DE LAS CARMONAS

De vacaciones en mi vieja ciudad natal, decidí pasar el tiempo recorriendo calles y jardines, reconstruyendo en mi memoria los días de mi infancia.

Una tarde, cansada de ir y venir sin rumbo, me senté en una banca pintada de verde, a la sombra de los añosos árboles de un jardín. Me encontraba exactamente en el sitio donde transcurrieron mis juegos de niña. Ahora me parecían diferentes todas las cosas. Los árboles mismos parecían más fatigados, más envejecidos, y sus troncos retorcidos y centenarios me llenaron de melancolía. Luego mire hacia el frente, las fachadas de aquellas casas coloniales, que también me parecían menos magníficas, y que fui recordando una a una.

Casi a la mitad de la cuadra, estaba aún la casa de las Carmonas. Era una construcción de cantera, una casa de gente bien que siempre me había atraído. Desde niña fui muy afectada a imaginar historias y aquella casa excitaba mi imaginación y mi curiosidad. ¿Qué clase de vida se vivía tras de los muros? ¿Qué harían las hermanas Carmona, serían felices, reirían como todo el mundo? Eran muy nombradas en el barrio, pero todo lo que yo sabía de ellas, era que se trataba de un par de señoritas no muy jóvenes, vestidas con recato, que de vez en cuando entreabrían la



puerta y asomaban a la calle para dar caridad, o para comprar la fruta que se les llevaba.

Mientras yo recordaba aquellas cosas, una mujer metida en carnes, con un gran canasto lleno de frutas y verduras, llegó a hacerme compañía sentándose en la misma banca. Con un pañuelo se limpió el sudor de la cara y dando un gran resoplido se dispuso a reposar un rato.

—Qué calorcito, ¿verdad? —dijo mirándome amistosa.

—Sí, hace calor —repetí distraída.

Pero aquella mujer era una de esas gentes que encuentran motivo de conversación en cualquier insignificancia, y después de varias tentativas, logró sacarme de mis ensueños y pronto me encontré oyéndole su historia, la historia vulgar de una costurera.

—Yo en mis buenos tiempos fui modista de varias personas distinguidas —aseguró con cierto orgullo—; las muchachas adineradas de este barrio y hasta de otros, me mandaban hacer su ropa.

—¿Conoce a las personas que viven en esa casa?

—pregunté señalando la casa de las Carmonas.

—Claro que sí; ¿eran amigas tuyas?

—No; pero recuerdo que eran muy nombradas en el barrio, y hace un momento, cuando usted llegó, no se por qué pensaba en ellas.

—¡Pobres mujeres! —dijo la costurera en tono melancólico— Rebequita y Marianita.

—¿Viven todavía en esa casa?

—Parece que Rebequita sigue allí —suspiró—; la hermana murió hace años. Yo les cosía a ellas, precisamente yo les cosía y conocí bien su casa. Al principio era una casa bonita, amueblada a todo lujo. En la sala había espejos, candiles, alfombras

y piano de cola. Mmm, qué tiempos, quién hubiera dicho que aquello se iba a acabar. Pero eran las dos solitas y seguramente se les fue mermando su capital. Me di cuenta que empezaban a venirse abajo una vez que le hice un vestido a Rebequita. Fue ella a mi casa a recogerlo, sin esperar que yo se lo llevara, y sorprendiendo a mi madre, casi se lo arrebató y se fue con él sin pagar. Dijo que estaba mal hecho, que yo le había echado a perder su tela... Imagínese, decir eso cuando yo le venía haciendo su ropa desde que aprendí a cortar. Naturalmente, yo fui a reclamar mi dinero. Después de mucho tocar la puerta, me abrió al fin Rebequita, me hizo pasar deshaciéndose de puro zalamera y las dos nos sentamos en la sala como iguales. “¿Vienes por lo del vestido?”, dijo ella, “ah, que mujer ésta, ¿no te das cuenta que me echaste a perder mi tela?”, y me sonreía mientras hablaba, “yo era quien debía cobrarte a ti y si no lo hago, es porque te estimo, porque siempre me has hecho mis cosas bien”. En eso estábamos cuando llamaron a la puerta enérgicamente y Rebequita se puso toda pálida y en un arranque como de susto, me echó a un lado y comenzó a hacer un rollo con la alfombra. “Anda, ayúdame”, decía, “tú con aquel lado para quitarla pronto”. Luego fuimos con aquel rollo para dejarlo en una recámara bien escondido debajo de la cama y Rebequita me recomendó mucho que en caso dado, yo no dijera una sola palabra de aquello. Toda pálida y nerviosa, se asomó por el ojo de la llave y estuvo atisbando largo rato, sin intentar siquiera abrir la puerta que ya parecía venirse abajo con aquella manera furiosa de llamar. Después nos fuimos muy calladitas, caminando de

puntillas y nos estuvimos en la sala hasta que ya no llamaron más.

—¿No supo usted de quién se trataba? —la interrumpí.

—No, no lo supe, porque ella se limitaba a murmurar “es el viejo ese, ese judío maldito”, y después, cuando tornó la calma, continuamos hablando de otras cosas. Rebequita, muy sonriente de nuevo, me mostró un anillo con una gran piedra diciéndome que era muy fino y haciéndome notar qué bien lucía en sus manos blancas. Me fui de allí con las manos vacías, habiendo perdido la esperanza de cobrar mi dinero y en mucho tiempo no supe más de Rebequita, hasta que una mañana me la encontré en el mercado, toda emperifollada y muy feliz y entonces me contó que se iba a casar. Ya se imaginará lo que me sorprendió la noticia, pero ella ni siquiera notó mi asombro y se soltó contándome de su novio que era un muchacho muy elegante, bastantes años menor que ella; “pero eso no importa”, decía, “yo me conservo bien, puede decirse que soy guapa, ¿verdad? Ay, mujer, y a propósito, a ver cuándo te llego por allá con unos cortes para que me hagas vestidos nuevos”. Y Rebequita se despidió muy alegre, mientras yo me quedaba pensando en sus palabras. La pobre era fea, porque a su edad ya no se podía ser bella de ningún modo. Hasta la voz le temblaba ya a causa de los años y tenía el pelo casi blanco. Efectivamente, Rebequita fue por mi casa con unos cortes, pero ya no eran las telas que ella usaba en otros tiempos, eran simplemente unos retazos de percal, y además, no eran vestidos para quedar bien con el novio, porque desde que me anunció su próxima boda en el mercado, había

pasado mucho tiempo, casi un año. La pobre mujer, en cuanto me vio, se abrazó de mí y comenzó a llorar con la desesperación más grande que pueda imaginarse. Murmuraba algunas palabras que era imposible entender y no fue sino hasta que se le pasó aquel arrebató de tristeza, que pudo contarme, todavía con frases entrecortadas y llorosas, que su marido la había abandonado. “Luego, ¿de veras se casó?”, me atreví a preguntarle, “Claro, dijo ella, y el hombre me resultó un ingrato, un infiel y finalmente un ratero, porque me ha dejado en la calle”, Rebequita lloró amargamente de nuevo y luego exclamó: “pero todo eso no me importaba, yo así lo quería, yo estoy enamorada de él”. De pura lástima, le regalé mi trabajo y le hice sus vestidos lo mejor que supe, y aquella fue la última vez que me ocupó.

—¿No la volvió a ver después? —le pregunté.

La mujer dio un gran suspiro, con la vista perdida en el vacío y murmuró:

—Sí, la volví a ver, sólo una vez más. La pobre estaba... ¡juntando mendrugos en un muladar!

No pude reprimir una exclamación.

—Dicen que todavía vive en su casa, —comentó la costurera— mírela usted, mire que engañosa fachada... sólo Dios sabe allá adentro, qué es lo que queda de la Casa de las Carmonas. Sólo su desmedido orgullo, el deseo de llegar a lo último decorosamente, la han hecho conservar la casa.

La mujer se despidió, cargó nuevamente con su canasta y se alejó con andar cansado. Yo permanecí todavía en la banca, no sé cuánto tiempo, esforzándome por recordar a las señoritas Carmona, como las conocí de niña.



LAS NORTEÑAS

—Ey, Tacha, ¿ay ta mi pa Tanilo?

Tereso gritaba así desde el huesoso lomo del burro que iba montando, asomada la cabeza por un portillo que había entre los órganos.

Una mujer prieta, de ojos papujados, dientes desiguales y cabellos cerdosos, salió de la cocina dando muestras de hallarse muy contenta.

—Aquí te necesitamos, apéate y entra.

—Entonces voy a dejar al burro y luego vuelvo.

Tereso se alejó silbando, al trote ligero de su asno.

Por la misma calle subía Eduardo Gutiérrez con sus dos burros cargados de rastrojo, a cuyos lados marchaban muy serios, en plan de trabajo, cuatro grandes perros.

—¿Por qué no jue al Plan?

—Tenía que hacer un mandao, jui al Terrero a buscar a un julano.

—¿Ya vido a las mujeres que llegaron en ca Tanilo?

—Pos de allí vengo, pero no entré.

—Son unas curras... la más muchacha ta muy cuero.

—Orita voy a verlas, ya nos vimos...

Los dos hombres se alejaron por rumbos opuestos y Tereso Ortega, que se hacía las ilusiones de



asar una rata magueyera llegando a su casa, lo único que hizo fue dejar al jumento, colgar la rata en el gancho de la cocina y coger el sombrero nuevo que guardaba en el cuarto.

Cuando abrió la puerta de don Tanilo, ya le saltaba el corazón alborozado.

Ciertamente, en la cocina había dos fuereñas charlando con Tacha. La una era vieja, no mal parecida, la otra, era toda una reina ante los ojos admirados de Tereso. Aquella reina de morena tez un tanto maltratada por el acné, tenía ojos pestañudos y una boca bonita pintada de colorado. Pero lo que más impresionaba al muchacho, era la vestimenta de la joven que consistía en un vestido corto, apenas abajo de las rodillas, choclos negros y calcetines, además de una vistosa pañoleta que le cubría la cabeza.

—Pasa, ven a comerte una gorda caliente —dijo Tacha que miraba maliciosamente a su primo.

Tereso se quitó el sombrero y pasando entre las dos forasteras fue a tomar asiento en un trozo de madera pequeño y lustroso, que existía en aquella cocina desde que él recordaba.

—Estas señoritas son parientas mías —explicó Tacha—; aquí Priscilianita viene siendo mi prima.

Mientras Tereso masticaba, sin quitarle la vista a la nueva parienta, Tacha refería la historia con todos sus pormenores.

Prisciliana, o la Peche, venía de Estados Unidos, adonde fue llevada por su padre desde que era chiquita, pero ahora que había quedado huérfana, ella y su madrastra decidieron venirse a la tierra de la Peche donde pensaban abrir una tien-

da que según sabían era buen negocio en un rancho.

—Mi papá era hermano de don Tanilo —dijo la Peche por lo bajo, mirando al suelo.

—Sí, es hija de mi tío Librado. Ende cuándo que lo dimos por muerto, ende que yo también era chiquilla... me acuerdo que le rezábamos y le poníamos su ofrenda el día de los dijunto, año con año, porque según cuenta mi pa, se jue y no volvieron a tener razón dél.

Ese día Tereso permaneció en casa de don Tanilo hasta bien entrada la noche, escuchando embobado la conversación de las fuereñas que contaban maravillas del Norte.

La curiosidad se despertó en toda la gente del rancho y no había quien no supiera que la Peche no usaba faldillas, ni barragán, ni colete, sino otras prendas muy raras y bonitas que Tacha se había ocupado de examinar y describir ampliamente. También se sabía que aquellas mujeres eran ricas, pues habían traído del Norte cerca de mil pesos con lo que iban a poner su negocio.

Tereso Ortega se consideraba casi dueño de aquellas curras y el recuerdo de la Peche lo traía medio loco.

Volvía de la milpa silbando alegremente, cuando el sol aún quemaba y los demás no pensaban ni por asomo dejar las labores. En la copa de su sombrero se leía el nombre de la muchacha escrito con jugo de mezquites morados.

Ya no pasaba de largo, sino que se detenía en casa de don Tanilo y gritaba por entre los órganos del cercado:

—Mujeres, ya llegué, ¿no dan un trago de agua?

La Peche salía a platicar con él y allá se les metía el sol, hablando y hablando.

El tiempo pasaba, los meses se iban, y Peche y su madrastra aún no tenían ninguna tienda. Una noche, la madre de Tereso que se hallaba enferma lo llamó:

—Por ay se dice que tú andas enamorando a esa mentada Peche...

—¿Y qué con eso? Ni yo ni ella semos animales raros.

—Quero saber la verdá.

—Pos la verdá mama, es que semos novios... ella no ha querido juyirse ni quiere que la pida, pero conmigo no juega, no tenga cuidao.

—Hijo, no almita Dios que pienses en hacerla tu mujer. ¿Ende cuándo te gusta?

—Ende que la vide por primera vez...

La madre de Tereso se echó a llorar, incorporóse en el catre dificultosamente y luego, en tanto que se enjugaba los ojos con sus propias trenzas decía:

—¿Qué castigo de Dios! ¿Qué castigo de Dios!

—Pero mama, ¿qué le pasa?

—Voy a dicirte la verdá antes que aquí suceda un ejemplo.

Tereso se acurrucó mansamente junto a su madre y un susto muy grande le oprimía el corazón.

—Esa muchacha es tu hermana. ¡Tú también eres hijo de Librao, el padre de la Presciliana!

—¿Y mi pa Casimiro?

—Cuando me casé con Casimiro que en paz descansa, tenía tres meses mala, contigo en el vientre. Y tu padre lo fue Librao, óyelo bien, un viudo muy güen mozo que después de engañarme

y hacerme su querida se me hizo pa tras. Casimiro lo supo todo y asina me quiso y me honró, mientras que Librao prefirió perder la tierra por no cumplirme. Se jue pa siempre con su chiquita, con la Presciliana que bía quedado güérfana al nacer.

—Mama... hizo mal en no dicirme desde luego. Yo y la Peche tenemos que ver... ella dice que está gorda.

Cantaron los primeros gallos y madre e hijo continuaban hablando; una vela se consumió y prendieron otra. Dicen que esa noche fue la que acabó con la vida de ña Juliana, porque no duró ni tres días más.

Después del entierro, Tereso tuvo una entrevista con la Peche y luego se marchó del rancho.

Cuando la historia se supo, la gente empezó a ver con repugnancia a la muchacha. Se decía que por las noches su voz lujuriosa y lastimera llamaba al hermano desde los escondites de la nopalera.

Al nacer el hijo de aquel amor incestuoso y desgraciado, la gente rondaba la casa de don Tanilo. Todos querían conocerle, porque Tacha decía que era un monstruo con cabeza de becerro y manos de palmípedo.

—La Peche no quiere que nadie lo mire —decía con aire de misterio.

La madrastra, espantada por el escándalo, huyó del rancho llevándose el dinero, y la joven madre, aborrecida de todos, cercada como un criminal, fue a refugiarse con su criatura en una cabaña de las orillas. La gente no conocía al pequeño, porque Prisciliana lo escondía bien; ¡pero cuántas cosas terribles se decían!

Habría pasado un año cuando la Peche cayó

gravemente enferma. Nadie iba a curarla, porque decían que en su delirio continuaba llamando a su hermano y aquella lascivia escandalosa espantaba a la gente de bien. Murió sola, en un atardecer brumoso.

Sólo un viejo se presentó a velarla, porque era el rezandero del rancho; pero a poco salió despa-
vorido del jacal, contando que un enorme murcié-
lago había entrado a despedazarle el rosario
arrancándoselo de las manos.

Otro día, la Peche fue enterrada de prisa, por-
que la gente tenía miedo de ver visiones.

Cuando todo hubo pasado, se recordó a la cria-
tura y varias mujeres fueron en su busca. Estaba
en su cunita, colgando del techo, tras un hilo
lleno de trapos que atravesaba el jacal de lado a
lado. Allá en el escondite preparado por su madre,
había muerto también la criaturita, olvidada de
todos. Quizá porque tanto se había dicho, no les
pareció tan monstruoso; sólo era un niño cabe-
zón, un poco fuera de lo normal, cuyas manitas
tenían seis dedos cada una.

Tereso no volvió nunca al rancho. Se dice que
vive en una choza, por el monte, y que pasa la
vida haciendo penitencia.

UN PEDAZO DE VIDA

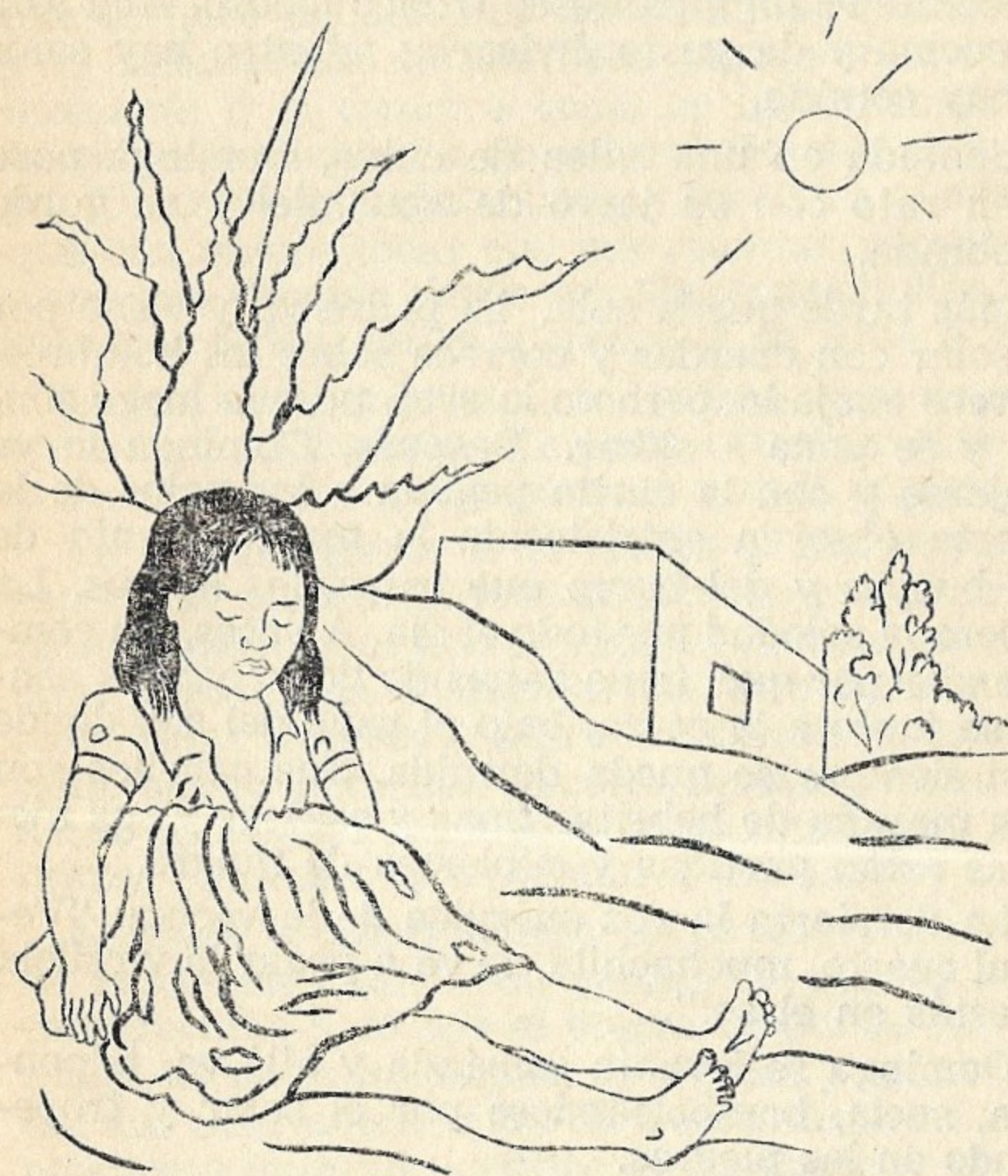
Los rayos del sol caen a plomo sobre la tierra calcinada y las cosas se desvanecen como espejismos entre el temblor de un vaho invisible, candente, que escapa de la tierra. Hay una pesadez soñolienta y la vida transcurre silenciosa, en el escondite del matorral y bajo las frondas quietas de los árboles.

Por la calle desierta baja una niñita, moviéndose con el andar torpe de las criaturas que aún no saben valerse de sus piernas. Es Dominga, una muchachita huérfana que no se sabe por qué milagro está sobre la tierra.

Apenas despierta, deja el duro petate donde ha dormido doce horas sin interrupción. No hay que ponerse otro vestido ni es necesario calzarse, porque la misma ropa le sirve de día y de noche, en el calor y en el frío, durante mucho tiempo, hasta que sus carnes modernas empiezan a asomar entre los desgarrones de la tela negra, endurecida, que huele a cuajada y a aguamiel.

Sus piecitos descalzos pisan la tierra dura y fría y sus primeros pasos son hacia la cocina. Ya el padre ha hervido el aguamiel y hace unas gordas gruesas, toscas, que no tienen forma.

En el camino, Dominga tropieza con el perro, un perrazo greñudo que suele mirarla con unos ojos tristes, compadecidos. El animal se levanta



para dejarle paso y por un momento ambos, perro y niña, se contemplan fijamente. Luego ella pasa bajo el mezquite, de cuyas frondas espléndidas apenas tiene una idea, pues lo único que ve diariamente es un gigantesco tronco leñoso. Allá está la cocina y da gusto divisarla; adentro hay calor y hay comida.

Sentada en una zalea de chivo, Dominga pasa buen rato con su jarro de aguamiel y su gorda quebrada.

Más tarde queda sola. El padre va y viene por el solar con cuerdas y correas sobre los hombros. Parece enojado, pero no lo está, porque luego sonríe y se pone a silbar. Después, Dominga lo ve alejarse y con la carita pegada a los palos de la puerta observa entristecida la marcha lenta de los bueyes y del burro que carga los aperos. La espera la soledad por todo el día. A veces, sin comprender por qué, tiene ganas de llorar y va a sentarse junto a la cerca, bajo el rayo del sol, donde casi siempre se queda dormida. Sus cabellos son una maraña de hebritas finas y escasas y sus mejillas están partidas y cubiertas de mugre.

La despierta la voz enérgica de la vecina: "Vete al cuarto, muchachita, te va a pegar la virgüela si estás en el sol".

Dominga se levanta asustada y allá va, triponcita, sucia, bamboleándose por el solar y tropezando en las piedras.

El cuarto no le gusta por obscuro y por frío y se pasa de largo. Estirándose bajo los palos de la puerta, logra salir fácilmente a la calle y de pronto se encuentra pisando una tierra blanca y suelta que le quema los pies. Sobre su cabeza,

un cielo límpido y un gavilán que se lanza en picada sobre alguna presa, pero para Dominga sólo hay el sol inclemente y los matorrales de allá abajo, adonde ella encamina sus pasos. En la sombra que se hace debajo, hay un sinfín de animalejos y la muchachita se acurruca para verlos en su incesante ir y venir; a veces es un caminito de hormiguitas negras, o un escarabajo pesado y torpe. También hay chapulines y mayates y arañas que ella quiere tocar con sus manitas regordetas y oscuras. Cuando siente aquellas vidas bulléndose bajo sus dedos, retira el brazo y se echa a reír.

La luz toma otra tonalidad y una vaga zozobra entristece a Dominga. Empieza extrañar al padre porque ya reconoce la hora en que él regresa.

Va a acurrucarse a la cocina y allá espera y espera. El ruido más leve la pone alerta. También tiene hambre y el frío empieza a morder sus bracitos. Siente una tristeza honda, una pena que la hace llorar de nuevo. Lloro en silencio porque no tiene objeto para ella hacerlo de otra forma. Su llanto no llegará a oídos de nadie; no habrá unos brazos amorosos que vengan a consolarla.

Empieza a adormecerse entre las penumbras de la cocina cuando de pronto la puerta de la calle rechina y se oye el alegre tropel de los animales. El padre se despide de alguien y entra riendo. La casa cobra vida. El perro llega en trote presuroso lanzando grititos de contento y se tira a los pies de Dominga haciéndole mil halagos. Luego, el padre viene a tomarla en los brazos, le pellizca las mejillas y le dice un torrente de cosas. Dominga ríe, con risa de felicidad y de agradecimiento.

*

Una mañana al levantarse, la niña siente que el cuarto se mueve y dentro de su cabeza hay algo pesado; pero eso pasa a veces y de todos modos la pequeña sale para ir a la cocina. El camino parece más largo y difícil.

Ese día Dominga no va a la calle y se pasa el día durmiendo a la sombra del mezquite. Cuando despierta en la noche, aún está sola, y se va a la cocina porque tiene miedo, pero la cocina está oscura, el fuego muerto y un silencio abrumador se ha enseñoreado de la casa. Se acuesta otra vez pensando vagamente en su padre, todos sus pensamientos y sus sensaciones están adormecidos, tiene sueño aún.

A la media noche llega el perro. Viene solo y va a echarse junto a la niña sin despertarla. Qui-siera tal vez decirle que el padre ha encontrado una mujer y que con ella anda por el monte en su noche de bodas.

Otro día, al despertar, la niña sale en busca del sol porque está terriblemente entumida. Se acuesta en el solar y con los ojos entrecerrados, mira por primera vez con atención las bellezas de allá arriba. Un árbol gigantesco despliega su ramaje contra el cielo azul y más alto vuela una cuadrilla de aves en vistosa formación. Dominga quiere cerrar los ojos, pero antes, ha de ver un momento el paso de las nubes que corren ligeras.

—¡Qué blancas son y qué bonitas! Si pudiera alcanzarlas y tocar sus níveos copos... Pasan unas y otras vuelven a pasar y sin saber cómo ha sucedido, Dominga siente que las alcanzó. El cielo y

la tierra se mueven y todo alrededor es blanco e impreciso. ¡Ella va sobre una nube!

En vano la vecina, al ver aquella niña panzudita y mugrosa bajo el rayo del sol, le grita como antes: "Párate de ay criatura, que te dan las virgüelas".

Sólo se levantará cuando unos brazos piadosos la alcen de la tierra y la pongan sobre una mesa para cubrirla de flores.



CENTRO
DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
DE
SAN LUIS POTOSÍ
A.C.

UN PEDAZO DE VIDA, Cuentos Mexicanos de Raquel Banda Farfán, con prólogo de Julio Torri, Académico de la Lengua correspondiente de la Española. Ilustrado por Arturo Estrada Hernández. Se terminó de imprimir el 30 de marzo de 1959 bajo la supervisión del periodista José Gamboa Chaguaseda. La edición consta de 2,500 ejemplares en papel Chebuco de 48 kilos.



EL
COLEGIO
DE
SAN LUIS, A.C.